Onofre Carrasquer Llopis

TERESA

Drama en tres actos, un prólogo y ocho cuadros

MAHON
Imprenta de F. Truyol
1915

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

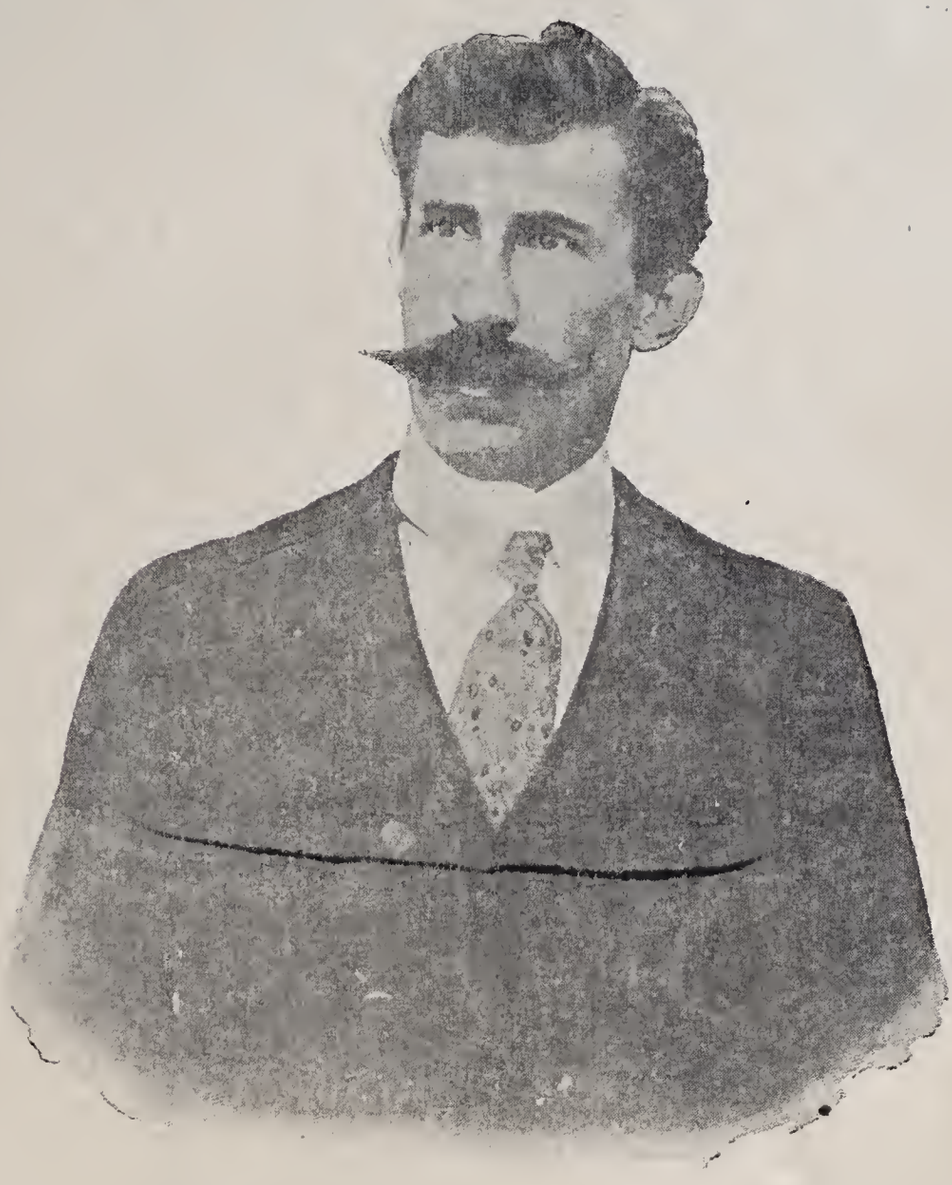
Procedencia
T. LORRAS
N.º de la procedencia
1963

TERESA

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



TERESA

DRAMA EN TRES ACTOS, UN PRÓLOGO Y OCHO CUADROS

ORIGINAL DE

Onofre Carrasquer Llopis

MAHON
Imprenta de F. Truyol
1915

Personajes que intervienen en el prólogo

TERESA, cabellera rubia	17 años.
DOÑA JUANA	57 »
PEPITA	22 »
MARIA	24 »
ENRIQUE	30 »
GABRIEL, ingeniero mecánico . . .	24 »
ANTONIO, ABOGADO	25 »
MAGNIER	60 »
PEDRO	26 »
UN CRIADO.	

La acción en Barcelona, prólogo y acto primero; segundo y tercer actos en Palma de Mallorca.

Epoca actual.

Derecha e izquierda las del actor.

2.ª Ida.
Sillas
1.ª Ida.
Sillas
Foro
Sillas
SALÓN
Mesa de centro
Sofá
Jardín
Enverjado
Primer bastidor

720787

PRÓLOGO

ESCENA I

Al levantarse el telón aparecen sentados en el sofá, *Doña Juana*, *Magnier* y *Pepita*. *Gabriel*, *Antonio*, *Pedro* y *Teresa*, de pie. La conversación es alegre y animada.

ANT. Cantó bien, muy bien.

GAB. La tiple, admirablemente.

ANT. El bajo no me gustó, voz de chantre. El barítono sí, además de una bonita voz, tiene buena escuela de canto. Es muy joven.

PEP. Veintiún años.

PED. ¿Y el coro de señoras no agradó a ustedes?

PEP. A tí sí ¿eh? Te fijas tu mucho en las señoras. *(Todos rien).*

ANT. Es natural; no va a fijarse tu marido en las delgadas pantorrillas de aquellos coros famélicos ni en la botarga del sugeritor.

MAG. ¿Te fijas en el coro de señoras, Pedro? *(Riendo).*

PEP. Si fuera de sacristanes no se fijaría tanto, de fijo. *(Todos rien).*

PED. Mujer.....

MAG. No seas mal pensada, Pepita.

D.ª J. ¿Porqué piensas mal? *(A Pepita).*

PEP. Es que.....

GAB. Es que no tienes motivo para dudar de la fidelidad de tu esposo; Pedro es un santo.

PEP. No digo lo contrario; pero he notado que se fija más de lo regular en el coro descuidando por completo las partes. *(Sueltan todos una carcajada).*

PED. ¡Pero Pepita!.....

D.ª J. Que chiquilla eres. *(Riendo)*.

MAG. Mala cosa son los celos, hija.

PEP. Si no estoy celosa.....

ANT. Como una leona. Mucho debes sufrir, hermana, en los frecuentes viajes de tu marido.

PED. La escribo a cada punto que toco.

D.ª J. Y cada vez son más tiernas sus cartas.

GAB. ¡Mira, mira mamá, se entera de nuestra correspondencia!

D.ª J. ¡No faltaba más!

PED. De lo cual me alegro infinito.

ANT. La tinta está barata y Pedro escribe deprisa. *(Riendo)*.

PED. ¡Mal intencionado!..... Los abogados adolecéis, todos, de los mismos defectos; sacar partido de la cosa más insignificante.

ANT. Tu lo dices.

PED. Y digo verdad.

MAG. Tiene razón, Pedro.

GAB. *(Acercándose a Teresa)*. Y..... Teresa..... ¿Qué dice a todo eso?

TER. Que Pepito se queja sin razón. Pedro es bueno, fiel y el mejor de los maridos.

PED. Gracias, cuñadita. *(Luego a Pepita)*. ¿Has oido? «El mejor de los maridos». ¿Porqué eres tan maliciosa? ¿No sabes que te adoro, que al ausentarme de tu lado, obligado por las exigencias de mi profesión, me llevo grabada en el pecho tu imagen?

ANT. ¿Estorbamos? Vamos Gabriel.

D.ª J. No os mováis.

MAG. Dejad hacer a los que bien se aman. *(Pepita se enjuga una lágrima)*.

D.ª J. ¿Lloras? Y yó..... mira, sin querer también lloro. *(Enjugándose una lágrima)*.

ANT. Lloremos todos. Lo malo es que yo no puedo llorar, mi profesión me lo veda.

GAB. Los abogados no pueden llorar. *(Con intención)*

MAG. Es corto el viaje, ¿verdad Pedro?
PED. Quince días durará nuestra separación.
MAG. *(A Pepita).* Ya ves.....
PED. Ella está acostumbrada a.....
PEP. No..... no si no es por eso.....
ANT. Las ternezas, papá, han exprimido la esponja y el precioso líquido lacrimal há asomado a sus ojos. *(Riendo).*
PED. Casi..... casi poeta.
GAB. En un abogado hay de todo.
D.ª J. Como en la viña del Señor.
GAB. Y en la del rector.
MAG. Sí, es la más surtidita de todas las del contorno.
ANT. El *padre* no se descuida.
GAB. Es muy previsor. Al mismo tiempo que prepara un regular bienestar en la otra no descuida esta vida.
ANT. A lo que estamos, tuerta.
MAG. Dios premiará sus sacrificios. (*Riendo.*)
PED. Debe premiarlos.
ANT. Naturalmente. Obra somos todos del Hacedor; para solaz y recreo nuestro creó esta vida, y una ofensa, la más estupenda, infiere a Dios quien, como don Pascual, no lá disfruta. Entendiéndole así el *padre* procura vivir ésta sin descuidar aquella.
GAB. Es un sabio.
ANT. Si sus compañeros de dogma siguieran el mismo camino que don Pascual, otro sería el dogma; pero hacen todo lo contrario. «No hay que afanarse—dicen—por una vida efímera, fugáz y si dedicar todos nuestros esfuerzos a preparar la eterna». Y no se afanan. *(Burlándose).*
D.ª J. Estás de chanza hoy, Anfonio.
GAB. No, mamá; está en lo racional, en lo cierto.
PED. En lo lógico.
MAG. Terminaré yo la frase: *En lo justo.*
ANT. Esto es, en lo justo. ¿Hay nada más lógicamente justo que hacer uno su gusto?
D.ª J. ¡Claro!

ANT. Pues el mayor gusto de la divina Providencia es que hagamos todos nuestro santísimo gusto. Y para que pudiéramos satisfacerlo expléndidamente hizo el mundo.....

GAB. En seis días. *(Muy afirmativo).*

ANT. Épocas; y colocó en él cuanto pudiera apetecer nuestro refinado gusto.

D.ª J. Así es que.....

ANT. Así es que don Pascual, es el mortal que más cree y obedece a Dios, y más, cerca, por lo tanto, de El está.

PED. Sutil.

GAB. Abogado. (*Muy afirmativo*),

MAG. No; no es *abogado* sinónimo de sutileza.

D.ª J. ¡No, por cierto!

MAG. Don Cástulo.....

GAB. Hay excepciones, ya lo sé.

MAG. A su torpeza, a su escasa sutileza, se debe el qué aquel pobre muchacho se pudra en galeras.

D.ª J. Yo diría que era inocente.

MAG. Por eso digo...

ANT. No hablen Vds. de la sutileza bogacil que me ruborizo.

GAB. (*Con ironía*). El carmín cubre su rostro. Hé aquí una excepción, papá.

ANT. ¡Mecánico... mecánico... que te deslizas!

GAB. No, señor. Me rio al pensar la bonita figura que haría un abogado con dos amapolas encendidas en su rostro como en las mejillas de la incorrupta aparecen al ser piropeada. Ya toman ellos, y especialmente aquellos que más propensos a ruborizarse están, sus precauciones para que el rubor no asome indiscreto a su rostro y lo encienda, contrastando raramente el negro talar con el color acarminado.

ANT. ¿No hablaba V. de sutileza papá? ahí está la sutileza. Yo interpreto tus palabras de este modo: «como los abogados no tienen dignidad...»

GAB. Poco a poco, señor abogado. Yo he hablado de contraste, de carmín y de amapolas.

PED. Y de mujeres incorruptas.

PEP. De mujeres... (*Mirando a Pedro*). Yo creo que cada cual hace lo que puede, se las compone como Dios le dió a entender por salir adelante. Y así debe ser.

GAB. ¡Hipocritona!...

PEP. ¿Yo?

GAB. No dices lo que piensas, lo que sientes.

PED. No se puede decir la verdad en familia.

ANT. Por eso dices tú que te fijas más en el coro que en las partes, cuando es todo lo contrario.

PED. No me has dejado acabar. No se puede decir la verdad... y menos en familia, dice tu amigo y compañero en pleitos, Julián.

GAB. ¡Impermeable! Ese no es un caso excepcional, pertenece al gran número. No he de ser yo quien caiga en sus manos. Aunque el gavilán no tendría en mi donde clavar sus uñas. No tengo un céntimo.

PED. Charlando aquí me va a pasar la hora del tren. (*Consultando el reloj*). Media hora escasa.

MAG. Pues...

PED. Si, si. (*Magnier, doña Juana y Pepita se levantan*).

GAB. Llegó el momento.

MAG. Te acompaño a la estación.

D.ª J. El chico llevará la maleta.

PED. (*A Pepita*). Por qué lloras.

PEP. No estoy de humor. Telegrafía tu llegada.

PED. Lo haré, ¿Me quieres?

PEP. ¡Demasiado!

PED. Demasiado... no. Nunca se quiere demasiado.

PEP. Oh, por lo menos, mas que tú. De quererme tu a mi como yo te quiero, tiempo há que...

PED. ¿No quieres terminar la frase?

ANT. ¡Viajeros al tren!

PED. Voy, voy.

MAG. Vamos...

PED. *(Besando en la frente a Pepita).* Vamos, monina, ponte alegre que quince días pasan pronto. Madre... *(Besa a doña Juana. Luego a Antonio).* Abogado incorregible. *(Dánse las manos).*

ANT. Que te fijes bien en el coro de señoras.

PED. Lo procuraré. *(A Gabriel dándole la mano).* Ingeniero... menos vehemencia y más mecánica.

GAB. Seguiré tu consejo. Deja el coro y si las partes son buenas fíjate en las partes.

PED. Seguiré tu consejo. *(A Teresa tendiéndole la mano).* Y tú, cuñadita, preciosa Teresita....

TER. Yo... escucho y callo.

PED. Es de sabios. Pero noto en tí una tristeza...

TER. Estoy alegre, estoy...

PED. ¿El amor no puede ser la causa de?...

MAG. Vamos, ¡Pedro!

PED. A mi regreso hablaremos. Adios, adios. *(Todos saludan, Magnier y Pedro salen foro izquierda; Teresa sin ser notada desaparece foro derecha viénaola al poco rato aparecer en el jardín).*

ESCENA II

Dichos menos *Magnier*, *Pedro* y *Teresa*

D.ª J. Que bueno es Pedro.

PEP. Lo es.

ANT. Luego eres injusta con el quejándote.

PEP. Si no me quejo; lo que pasa...

GAB. Los celos nos hacen cometer mil simplezas a cada momento y no pocas injusticias.

PEP. Tampoco estoy celosa.

GAB. Furiosamente celosa... no; pero celosa... no lo niegues.

PEP. Como tú quieras.

ANT. Vamos a mi despacho Gabriel, y terminaremos...

GAB. Sí, vamos. *(Gabriel y Antonio penetran en la segunda izquierda. En este instante aparece Teresa en el jardín y mira en distintas direcciones como si esperara álguien retirándose luego).*

ESCENA III

Dichos menos *Gabriel* y *Antonio*

PEP. Yo voy a escribir a mis amigas que ando muy atrasada.

D.ª J. Espera que he de hablarte.

PEP. ¿Ha de hablarme?

D.ª J. De tu hermana.

PEP. De mi hermana pensaba yo a V. hablar hoy mismo

D.ª J. ¿También?

PEP. Hace días que me atormenta una idea, un pensamiento y quería comunicárselo a V. sin valor para hacerlo; pero me he dicho: De hoy no pasa, hoy se lo cuento a mamá.

D.ª J. Me asustas. Siéntate. *(Lo hacen las dos en el sofá).*

PEP. No debe V. asustarse, mamá; como he dicho, no es más que una idea, seguramente absurda.

D.ª J. Se trata de un joven... ¿Verdad?

PEP. De un joven italiano llamado Enrique.

D.ª J. Esto es.

PEP. Casado...

D.ª J. ¿Qué dices, Pepita? *(Alarmada).*

PEP. Y separado matrimonialmente de su mujer.

D.ª J. ¡No puede ser!

PEP. Estas son las noticias que hasta mi llegan del hombre que galantea a mi hermana.

D.ª J. ¡No, no! No puedo creer tal absurdo.

PEP. Yo tampoco me resigno a creerlo; pero lo dicen y y vuélvenlo a repetir.

D.ª J. Teresa... ¡No! De ninguna manera.

PEP. Es que Teresa debe ignorar, claro está, la verdadera situación de ese hombre. ¿Cómo conociéndola va ella a?... *(Teresa vuelve a aparecer en el jardín repitiendo la escena anterior).*

D.ª J. Desgracia grande sería la nuestra si fuera cierto lo que acabas de revelarme.

TER. ¡Cuánto tarda! *(Desaparece).*

D.ª J. Si tu padre... tus hermanos... si Pedro...

PEP. ¡Pedro! Si precisamente Pedro es quien me ha enterado de todo.

D.ª J. Y Pedro lo sabrá...

PEP. Por sus amigos.

D.ª J. Yo no creo, Pepita, no puedo creer...

PEP. A mi también me cuesta gran trabajo dar crédito a una infamía como la que suponen. Aunque no sería el primer caso.

D.ª J. No, por desgracia.

PEP. Y pienso, al mismo tiempo, que no todos los hombses son como mi Pedro.

D.ª J. ¡Ah no! Pedro es un angel.

PEP. Hay quien no halla inconveniente en labrar la desgracia de una familia.

D.ª J. Voy a llamar a Teresa. *(Tratando de levantarse).*

PEP. Cálmese V. No debemos adelantar los acontecimientos. Lo que procede es vigilar, vigilar constantemente y cerciorarnos de si ese hombre es lo que dicen.

D.ª J. Y luego sí...

PEP. Ya se cuidarán papá y mis hermanos de ahuyentar al infame que, olvidándose de sus más sagrados deberes, deja en el más completo abandono a su esposa y enamora a una niña inocente, labrando su desgracia.

D.ª J. Y a sus hijos tal vez.

PEP. No lo sé.

D.ª J. ¡Qué noticia, Dios mío, has venido a darme, Pepita! Yo no sabía más que Enrique había escrito a Teresa una carta muy tierna pidiéndola relaciones.

PEP. Y... ¿Por quién lo supo V. cuando lo supo?

D.ª J. Ayer, con muchísima reserva, me lo dijo María, la criada.

PEP. ¿Y no dijo V. nada a Teresa?

D.ª J. No. Primeramente por no dar lugar a que sospechara Teresa, que María me había hecho tal revelación; y luego, porque no malicié; claro está, no podía maliciar. ¿Qué de particular tiene que un

joven?... María me dijo que era un buen mozo, muy inteligente y que parecía muy bueno. Ya ves. Pero esta mañana al asegurarme María que Enríque era italiano, que contaba ya sus treinta y dos o treinta y cuatro años... presentí... no se lo que presentí.

PEP. Lo que debe ser verdad.

D.ª J, No sé. Quizá es el mejor de los hombres, sus propósitos los más sanos.

PEP. De todos modos llegamos a tiempo. Por eso, repito, conviene tener calma, mucha calma y averiguar lo que haya de cierto en esta cuestión. Pedro nos ayudará.

D.ª J. Juzgas conveniente inície algo a tu padre?

PEP. No; conviene esperar unos días; al regreso de Pedro. *(Vuelve a aparecer Teresa y no se mueve ya del jardín mirando impaciente en distintas direcciones).*

D.ª J. ¿Y si es tarde para impedir?...

TER. ¡Qué tormento!

PEP. ¿V. cree que Teresa?...

D.ª J. Yo no creo nada, Pepita, no quiero creer nada; pero como puedes suponer mi zozobra es grande desde que me has dicho que ese hombre...

PEP. Prohiba V. a Teresa que salga a paseo con la criada; vigilemos constantemente y sí Enrique pretende llevar a cabo la vileza que suponemos, que debemos suponer, podremos a tiempo impedirlo.

D.ª J. Dios nos perdone que, casi sin fundamento, pensemos mal de ese italiano que hasta la hora presente no ha hecho más, creo yo, que lo que acostumbran hacer los hombres cuando se enamoran de las mujeres. Cartas, suspiros, miradas...

TER. ¡Aún no viene!

PEP. Sí... hasta la hora presente, pero...

D.ª J. ¡No me lo digas, no me lo digas que perdería el juicio! ¡Si ese hombre!... ¡Jesús, Jesús!

PEP. No hay que desesperar aún, mamá.

D.ª J. Tienes razón. Soy injusta; ningún motivo han dado

Teresa ni ese hombre para que me desespere. *(Pausa)*. ¿Tus hermanos deben saber algo, Pepita?

PEP. He de suponer que no. De haberse enterado, sobre todo Gabriel...

MAR. (*Entrando foro izquierda*). Doña Leocádia y su hija, desean hablar a la señora.

D. Jª. Házlas entrar en la sala; enseguida estoy con ellas. Ya se a que vienen. (*La criada se retira*). Ven tú. (*Levantándose*).

PEP. No, tendrán Vds. que hablar y...

Dª J. No estorbas. Vamos. (*Salen las dos foro izquierda*).

ESCENA IV

Teresa en el jardín

TER. ¡Me devora la impaciencia! ¿Habrá recibido mi carta? Seguramente que la ha recibido. ¿Porqué no acude, pues? ¿Estará enfermo? No, no está enfermo; el corazón me dice que no está enfermo. Algún contratiempo, nadie está exento de un contratiempo. (*Vuelve a mirar*). ¡Me parece que es él! ¡Sí, sí! (*Pausa. Con desaliento*). No, no es él, un joven que... ¡Dios mio! No hay sufrir más grande que el que causa la incertidumbre, no saber... Estoy por bajar y decir a María, la criada... pero no, no conviene, podría llamar la atención y luego... (*Vuelve a mirar*). ¡Ahora no me engaña! ¡El es!... ¡Sí, sí! ¡Ya llega!... ¡ya llega! ¡Enrique... Enrique!

ESCENA V

Dicha y *Enrique* primer termino derecha

ENR. Perdóname, Teresa. He tardado un poco. ¿Verdad? Mis amigos no me dejaban.

TER. ¡Cuánto he sufrido, Enrique, cuánto, pensando si podía haberte ocurrido algún percance! Una hora llevo con impaciencia aguardando, una hora que me ha parecido una eternidad.

ENR. ¡Cuánto lamento, Teresa mía, tu sufrimiento! Yo también he sufrido mucho al ver que no me dejaban mis amigos, como si lo hicieran adrede. Pero ya pasó, ya no hay para que sufrir.

TER. ¡Sí!

ENR. ¡Alma mía, vida de mi vida! ¡Dime que es cierto, repitan ahora tus labios lo que dices en tu carta, que esperaba yo con ánsia creciente, con afán, y que al llegar a mis manos besé repetidas veces! ¡Dí que me amas, que gustosa accedes a lo que te propongo, y soy feliz!

TER. ¡Enrique!

ENR. No tardes en darme a entender que lo que ha escrito tu mano lo ha dictado tu corazón.

TER. ¡Sólo... sólo mi corazón, Enrique! Este es el que te habla siempre... siempre.

ENR. Así... háblame así!

TER. ¡Mi corazón, que por entero te pertenece... que es tuyo... tuyo solamente!

ENR. ¡Niña mia!

TER. Horriblemente tuve que luchar antes de escribir mi resolución; luchar con el amor y el deber y... pudo más el amor. ¡Ya ves! Imaginaba a mi padre colérico amenazándome de muerte; a mis hermanos despreciándome iracundos y a mi buena madre anegada en llanto. Pero en medio de ese cuadro aterrador que hacía latir mi corazón con violencia, temblar mi alma, veía los ojos fascinadores, enloquecedores de mi Enrique, qué, mirándome dulcemente alentábanme a proseguir en mi loca idea de abandonar a mis padres, a mi familia toda, a cuanto amo, por seguirle.

ENR. No has de arrepentirte nunca, mi bella Teresa. Yo viviré para tí, para tí sólo. Tus padres que al principio llorarán tu ausencia, acabarán por perdonar nuestra ligereza al convencerse que no es la satisfacción corporal, el deseo de los sentidos que nos guía a dar un paso semejante sinó el afán que sien-

ten nuestras almas de estar unidas fundiéndose las dos en una. Y si la sociedad execra esa unión, Dios ha de bendecirla mil veces, porque el Hacedor creó las almas para que se unieran y al unirse las nuestras cumplen fielmente su divina voluntad. Desecha, pues, todo recelo, todo temor; no vaciles un instante en obedecer a Dios que al otorgarnos la dicha que anhelamos hará comprender a tus padres la razón poderosa que nos asiste a dar un paso semejante.

TER. ¡Enrique!

ENR. ¡Sí, Teresa, mía!

TER. Parecióme ver también...

ENR. ¿Porqué te atormentas?

TER. Tienes razón. No debemos evocar recuerdos que puedan amargar nuestra dicha y pensar sólo en nuestra felicidad futura debemos.

ENR. Está todo preparado, todo lo tengo dispuesto. El coche esperará al volver de esta calle; subes a él y te conducirá rápido a la estación de Francia, donde te esperaré yo.

TER. Me acompañará la criada.

ENR. No lo juzgo prudente.

TER. Sí, Enrique. Llamaría grandemente la atención si me vieran salir sola; así nadie sospechará; otras veces vamos...

ENR. ¿Malicia algo la criada?

TER. No sabe nada.

ENR. ¿Y cómo?...

TER. Concibo un plan; verás. Al llegar a la estación bajamos del coche y nos paseamos ella yo por el andén. Tu te aproximas a nosotras, como otras veces, y después de saludarnos nos hablas del viaje y tu pronto regreso. Al segundo aviso subes al vagón y continúas desde él hablando; y yo que te escucho desde el andén, al tercer aviso penetro velozmente en tu coche al mismo tiempo que entrego a la criada una carta para mis padres. Al darse

cuenta María de nuestra fuga el tren ha desaparecido.

ENR. Dices bien.

TER. Voy, pues, a arreglarme un poco.

ENR. No tardes.

TER. Descuida.

ENR. Y yo a recojer la maleta y a la estación a esperarte. ¡Adios, mujercita mía! ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! *(Se despiden con un apasionado beso).*

ESCENA VI

Teresa que ha desaparecido del jardín al ausentarse *Enrique* penetra en el salón. Toca el timbre que está sobre la mesa y aparece *María* foro izquierda.

MAR. ¿Llamaba la señorita?

TER. Sí. Díspongase, María; vamos a salir.

MAR. ¿Aviso a la señora?

TER. No hay necesidad. *(Desaparece por la primera izquierda).*

MAR. *(Sonriendo).* El novio; es natural. Si pudiera ver de paso a mi Juan, también me alegrára yo tanto o más de lo que se alegra la señorita cuando vislumbra la silueta de don Enrique; pero parece que a mi hombre se lo ha tragado la tierra, pues no aparece por ninguna parte. ¿Habrá huído con otra mujer? Todo cabe en lo posible. No puede una hoy día fiarse de nadie, de nadie; el que parece más fiel es el que más se la pega una. Pero no, no hay cuidado, Juan es mío y de nadie más; me lo ha dicho muchas veces. «Quisiera ser sultán—díceme a cada momento».—¿Para qué?—Contesto yo.—«Para... para... y se para de tal manera que no dice por que querría ser sultán». Vamos, vamos a arreglarnos un poco que la señorita, a lo que se vé, lleva prisa por ver a su galán. *(Sale foro izquierda).*

TER. *(Saliendo primera izquierda terminando de arreglarse).* Mamá estará con Pepita en sus habitaciones y mis hermanos... *(Con sigilo se aproxima a la se-*

gunda puerta izquierda y escucha un instante pegado el oido a la puerta indicada). Están discutiendo. *(Luego precipitadamente se dirije al fondo. Al llegar al umbral de la puerta y como si se arrepintiera de lo que va a hacer, se para y paseando su mirada por toda la habitación déjase caer en una silla próxima al foro y rompe a llorar. Después de breves momentos y cuando se ha enjugado las lágrimas se levanta con rapidez y traspasando el umbral de la puerta indicada envía un beso a su madre y otro a sus hermanos y rápida desaparece).*

ESCENA VII

Gabriel y *Antonio* saliendo de la segunda izquierda

GAB. Conformes, si señor; pero tu sabes como yo, que la mecánica es la ciencia que estudia las fuerzas y los movimientos.

ANT. Bien. ¿Y qué?

GAB. Que considerando bien las cosas se cae muy pronto en la cuenta de que absolutamente todo cuanto ocurre y sucede en el mundo, así en el orden moral como en el material, está reducido a fuerzas que actúan y a movimientos provocados por la acción de ellas.

ANT. Se ignora en absoluto la naturaleza íntima de las fuerzas.

GAB. Más no por eso podemos negar sus efectos, bien patentes están.

ANT. Conformes; pero la transmisión de pensamiento, la sugestión hipnótica, etc. etc., no entran en mi cerebro.

GAB. ¡Antonio... Antonio, que enseñas la oreja! No digas eso delante de personas medianamente ilustradas harias reir.

ANT. ¿Sí?

GAB. Sí, hombre, sí; y reir de buena gana.

ANT. No creo... francamente, no creo...

GAB. Porque no estudias convenientemente las cosas.

ANT. Tal vez por eso.

GAB. Mira. Tu sabes que los misterios de la naturaleza, de la física y de la química eran numerosos, y pensábase hace quinientos años, o menos quizá, que jamás llegaría a descorrerse el velo que ocultaba la explicación de los fenómenos. Pero no ha sido así; el velo se ha descorrido; la ventana que permite ver lo desconocido se ha agrandado; el horizonte de los conocimientos humanos ha adquirido inmensas proporciones, y hoy son raros los misterios. Si no se ha llegado a explicarlos todos con minuciosidad, comienza a verse claro en lo que respecta a su orígen, su marcha y su desarrollo. El razonamiento hipotético hace lo demás, y realmente no hay para el hombre más misterios que aquellos que no han sido conveniente, suficientemente estudiados.

ANT. Sí...

GAB. No te quepa duda.

ANT. Y pasando a otra cosa.

GAB. ¿Qué ocurre?

ANT. ¿Has observado, desde algunos días acá, algo anormal en nuestra hermana Teresa.

GAB. Faltaría abiertamente a la verdad si tal afirmación hiciera.

ANT. Es extraño, tu que eres tan buen observador. Pues hace días noto en ella un cambio, una cosa... Paréceme preocupada, inquieta, como si alguna idea la atormentara.

GAB. Pues... no; nada he notado. ¿Qué quieres ver en esa preocupación e inquietud?

ANT. Creo adivinar una idea que, a la vez que la halaga lo atormenta.

GAB. No entiendo...

ANT. Qué es lo que más hace sufrir a los enamorados.

GAB. Un amor contrariado.

ANT. Un amor imposible.

GAB. Ahora te entiendo menos. A ver, explícate.
ANT. Temo que Teresa ame a un hombre...
GAB. ¿A quién va a amar sino a un hombre hecho y derecho.
ANT. Podría muy bien amar con locura a un malvado.
GAB. ¡Antonio!
ANT. Podría.
GAB. Está claro que podría; pero no debe ser. Y si fuera, conociendo Teresa las intenciones, los insanos propósitos que pueda abrigar ese hombre, conociéndolos nosotros...
ANT. Es muy joven Teresa, carece de esperiencia y no sabría ni podría escapar al lazo que un hombre corrido y mal intencionado pudiera tenderla.
GAB. Pero... ¿Tu sabes algo, Antonio?
ANT. Que está cavilosa, pensativa, inquieta y mal humorada.
GAB. Con esto nada me dices.
ANT. La mujer cuando ve contrariados sus amores lo manifiesta con lágrimas y Teresa no llora.
GAB. ¡Qué sabes tu!
ANT. Créeme, no llora.
GAB. ¿Y qué has querido decir con esto?
ANT. Que Teresa es, aparente o realmente amada.
GAB. Menos concibo ese estado caviloso, pensativo, esa preocupación, de que hablas.
ANT. Yo sí.
GAB. ¿A ver?...
ANT. Que sostiene una lucha entre un amor tal vez imposible, y el deber.
GAB. ¿No habrá ido a enamorarse nuestra hermana del rey Wamba?
ANT. Pero puede haberse enamorado de un hombre que no pueda, aunque quisiera, llevarla al altar.
GAB. ¿Cómo? Habla claro, Antonio.
ANT. Puede haberse enamorado de un hombre...
GAB. ¿De un hombre casado? *(Rápido y alarmado).*
ANT. Tu lo has dicho.

GAB. Antonio, tu sueñas o estás de chanza. ¿Cómo vas a imaginar?... Sería una infamia, no puedo creerlo.

ANT. Una infamia, sí; pero cabe en lo posible, Gabriel.

GAB. Ya lo sé.

ANT. Nadie está exento de una mala alma y lo mismo puede llegar la desgracia en el humilde hogar que en los suntuosos palacios.

GAB. Pero no; aquí estamos nosotros para impedir cualquier felonía si real y positivamente tiene algún viso de verosimilitud lo que acabas de decir.

ANT. De que sostiene relaciones amorosas con un joven de nacionalidad italiana, no tengo la menor duda.

GAB. Nada tengo que objetar sobre este punto, sigue, nuestra hermana, el camino que todos, el del matrimonio; en lo otro, en lo otro.

ANT. Lo otro se presenta más turbio; no tengo la misma seguridad.

GAB. ¿Ves?...

ANT. Pero me consta que entre Enrique...

GAB. ¿Se llama Enrique?

ANT. De que entre Enrique y Teresa se han cruzado cartas...

GAB. ¿Pero quién diablos te ha dicho?...

ANT. Sebastián.

GAB. ¿Sebastián?

ANT. Hace días me dijo: «Antonio: se que tu hermana Teresa sostiene correspondencia con un joven italiano llamado Enrique. Se dice por ahí que está casado».

GAB. Esto no es una prueba Antonio.

ANT. Claro que no.

GAB. Pueden ser muy bien habladurías de comadre. Me tranquilizo.

ANT. Vale más así. Yo soy menos confiado. *(Rumor de voces dentro).*

GAB. Ya lo sé ya. Vosotros...

ANT. Calla que están ahí mamá y Pepita.

ESCENA VIII

Dichos, *Doña Juana* y *Pepita* foro izquierda

D.ª J. Es una santa esa Leocadia.

PEP. Y su hija parece buena también. Es muy cariñosa.

D.ª J. Como su madre.

ANT. ¿Qué dice doña Leocadia?

D.ª J. Afanándose siempre por los pobres.

PEP. Pidiendo siempre por ellos.

GAB. Los pobres no saben hacer otra cosa que pedir.

D.ª J. ¿Qué otra cosa pueden hacer los pobres?

GAB. Siempre humillándose.

D.ª J. No es ninguna humillación el pedir, Gabriel. «Pedid y se os dará»—decía Jesús.

GAB. Eso dicen; pero yo...

ANT. Escéptico...

GAB. Algo. Aunque como sabes, el excepticismo es patrimonio exclusivo de los sabios. *(Sonriendo)*.

ANT. Puedes estar orgulloso con tu *algo* de excepticismo, pues.

GAB. No quiero discutir contigo; no hay en tí sociedad. ¿Verdad mamá?

D.ª J. ¿Cómo no, sí es...

ANT. Deje V. al hombre grave, casi escéptico, y, por lo tanto, casi sabio. *(Riendo)*.

PEP. Tarda mucho papá.

D.ª J. Después de despedir a Pedro habrá ido al café. ¿Y el pleito de Mercedes, Antonio?

ANT. Mal. El propietario lanza dinero. *(Pepita disimuladamente penetra en la primera izquierda)*.

GAB. Ganará el propietario.

D.ª J. Mercedes cuenta con buenas influencias.

GAB. Ganará el propietario, perderá Mercedes y la justicia tendrá un éxito más que añadir a su brillante historia. *(Rie)*.

ANT. Lo dicho; escéptico.

PEP. *(Entrando)*. No está Teresa en su cuarto.

D.ª J. Estará en el jardín.

PEP. Voy a ver. *(Sale foro derecha).*
D.ª J. ¿Es decir que no hay esperanza?
ANT. No digo tanto; pero que la cosa presenta mal cariz, sí lo digo.
GAB. ¡Pobre Mercedes!
ANT. Además, su abogado parece no se toma el interés que debiera. (*Se ve a Pepita en el jardín*).
D.ª J. Y como no...
ANT. Vaya V. a saber.
D.ª J. Cobrando sus honorarios creo que...
GAB. ¡Cuando digo yo!...
ANT. Tu no dices nada.
GAB. Sí que digo... sí que digo.
ANT. ¿Y qué dices? Vamos a ver.
PEP. *(Entrando).* Tampoco en el jardín.
D.ª J. ¿No está? (*Con extrañeza*).
PEP. Tampoco en la cocina.
D.ª J. ¿Dónde puede haberse ido? Y ¿María?
PEP. No la he visto.
D.ª J. Salido, no creo hayan salido, siempre me avisan. *(Gabriel toca el timbre).* Es extraño.
GAB. (*A un criado que aparece foro izquierda*). Diga V. a María que venga.
CRIA. No está en casa.
D.ª J. ¿Dónde ha ido?
CRIA. A acompañar a la señorita.
GAB. Hace mucho.
CRIA. Un buen rato.
ANT. ¿Ha dicho la señorita donde iba?
CRIA. No acostumbra...
D.ª J. Nada, nada. Retírese. (*Al criado. Este lo hace*). Como estábamos ésta y yo hablando con doña Leocadia y su hija no habrá querido interrumpirnos en nuestra conversación.
ANT. No debiera V. permitir que Teresa saliera tan amenudo a paseo con la criada.
D.ª J. ¿Qué mal hay en ello?
ANT. Ninguno, por supuesto; pero...

GAB. Tampoco a mi me agrada que salga con María.

D.ª J. María es buena, honrada y ama tanto a Teresa como nosotros. Por ella sería capaz...

ANT. No lo dudo; pero María no puede tener ni tiene la autoridad sobre Teresa.

D.ª J. Claro está; pero la defendería mejor de lo que pudiera hacerlo yo si álguien tratara de ofenderla.

ANT. Todo está muy bien; María es buena, honrada y quiere entrañablemente a Teresa, lo sé, lo sabemos todos, nos consta; pero convendrá V. conmigo, que María es muy torpe y puédenle pasar desapercibidas muchas cosas que en nada favorezcan a mi hermana.

D.ª J. ¿Qué quieres decir? No entiendo tus palabras, Antonio.

ANT. Que no conviene a Teresa ir por estas calles con María.

D.ª J. (*Bajo a Pepita*). Algo sospechan. Pepita. (*Alto a Antonio*). Si no te explicas...

ANT. Quiero decir...

CRIA. (*Apareciendo foro izquierda*); Señora...

D.ª J. ¿Qué hay?

CRIA. Ahí fuera está María llorando como una Magdalena.

D.ª J. (*Alarmada*). ¿María?...

PEP. ¿Llorando?...

ANT. ¿Qué pasa?

CRIA. No sé, señorito. Yo la interrogo y no contesta; llora, no hace más que llorar.

D.ª J. (*Sobresaltada*). Ve Pepita y tráela. (*Esta desaparece foro izquierda. Ap.*) ¡Qué le pasará a mi hija Dios mío!

GAB. Y ¿Teresa? ¿No está Teresa con María?

CRIA. No, señorito; María sola.

ANT. (*Ap.*) Presiento...

GAB. ¡No lo comprendo!

D.ª J. Retírese. (*Al criado. Este desaparece foro izquierda*).

ESCENA IX

Dichos y *María* que entra en escena sostenida por *Pepita*

D.ª J. ¡María, hija mía! ¿Qué ocurre, qué ha sucedido a V.? (*Ap.*) ¿Dios mío qué habrá pasado? ¡Por Dios hable V. María! Teresa, la señorita ¿dónde está? ¿Qué ha sido de mi hija? (*María llora desconsoladamente*).

ANT. (*Ap*), ¿Mis presentimientos?

PEP. ¡Diga V. por Dios! ¿Qué ha sido de mi hermana?

MAR. (*Sin poder casi articular palabra*). ¡Se... ha... ido! (*María llora aún más desconsoladamente*).

GAB. (*Alarmado*). ¿Se ha ido?

PEP. ¿Adónde?

MAR. (*Llorando*). Sé... ha... marcha... do...

D.ª J. ¿Dónde? ¡Diga V. María, sáquenos de esta ansiedad!

MAR. Con D. Enrique.

TOD. ¡¡Con D. Enrique!!!

D.ª J. ¡Jesús, Jesús! (*Se cubre el rostro con las manos*).

GAB. ¡No puede ser!

PEP. ¡Santo cielo!

GAB. ¡Esto no es verdad!

ANT. Debe serlo, Gabriel.

GAB. ¡Diga V., dígalo V. todo!

D.ª J. ¡Dios bondadoso!

PEP. (*Enjugándose las lágrimas*). ¡Cuente V.!

MAR. La señorita... ¡No puedo!

ANT. Un esfuerzo, María.

MAR. (*Tomando alientos*). La señorita me ha llamado y como otras veces me ha dicho: «Prepárese, María, vamos a salir. ¿Quiere que avise a la señora?—La he dicho,—«No hay necesidad» me ha contestado. Y hemos salido igualmente que los demás días, exactamente igual. Al volver de esta calle hemos encontrado apostado un coche. El cochero, acercándose a nosotras nos ha invitado a subir a su vehículo. La señorita, dirigiéndose a mí, ha dicho:

«Subamos María y daremos el paseo hoy en coche». Yo no he hecho caso; algunas veces vamos. El cochero ha fustigado a sus caballerías y más aprisa que volando nos ha conducido a la estación de Francia. Una vez allí hemos penetrado en el andén donde nos ha salido al paso el señorito Enrique. Este nos hablaba de su viaje y de su pronto regreso de París. Al segundo aviso, el señorito Enrique se ha metido en su vagón desde el cual ha continuado hablándonos, mostrándose muy contento. Al tercer aviso... ¡Dios mío, Dios mío! *(Llora)*.

GAB. ¡Acabe V. de una vez!

MAR. De un salto se ha metido la señorita en el coche de don Enrique y con voz entrecortada me ha dicho estas palabras, que en toda mi vida se borrarán de mi memoria: «Adios mi buena María, adios para siempre» y arrojándome desde el coche esta carta: *(Saca una del pecho)*. «A mis padres». Al darme exacta cuenta de lo que pasaba... ¡el tren habia desaparecido! *(Llora)*.

ANT. Lea V. mamá. (*Gabriel se habrá dejado caer en una butaca cubriéndose la cabeza con las manos*).

D.ª J. ¡Dios crucificado! (*Anegada en llanto. Pepita y María lloran también*).

PEP. ¡Madre mía!

D.ª J. (*Leyendo*). «Padres del alma: se que mi huída ha de causar en vuestros corazones dolor inmenso; (*Los sollozos la impiden continuar, Pepita cogiendo la carta continúa la lectura*).

PEP. «pero era preciso diera yo este paso porque sin el amor del hombre con quien huyo no hubiera podido sobrevivir, de fijo. Enrique há tiempo es dueño absoluto de mi corazón como el suyo por entero me pertenece; y a Enrique debía unirme porque este, es el padre del ser que se agita en mis entrañas. Enrique es bueno, generoso, inteligente y me hará feliz. No lloréis padres míos, no me maldigáis que, como hasta aquí vuestra hija seguirá

amándoos. Y el dia no ha de tardar en qué reconociendo las razones poderosas que me asisten para dar un paso semejante, otorgándome vuestro perdón me abriréis vuestros amantes brazos.—Teresa.»

D.ª J. ¡Madre de los afligidos!

GAB. ¡Infames, infames! (*Retorciéndose en la butaca*).

PEP. ¡Mamá! (*Sollozante*).

D.ª J. ¡Dios santo!

GAB. ¡Canalla!

ANT. ¡Lo presentía!

GAB. ¡No puede ser! (*Con desesperación*).

ANT. ¡Cuando se entere papá!

D.ª J. ¡Díos mío!

MAR. ¡Señora! (*Tratando de consolar a doña Juana*).

GAB. ¡Maldita, maldita!

ANT. ¡Gabriel!...

GAB. ¡No es verdad, no puede ser verdad!

ANT. ¡Gabriel, por Dios, serénate!

PEP. ¡Mamá!

GAB. ¡Qué vergüenza, qué escándalo!

PEP. ¡Gabriel!... Mira a mamá...

GAB. ¡Deshonrada, vilmente deshonrada!

D.ª J. ¡Misericordia! (*Tendiendo las manos al cielo*).

GAB. ¡Burlada nuestra fé, manchado nuestro honor, escarnecido nuestro nombre!

ANT. ¡Gabriel!... (*Suplicante*).

GAB. ¡La deshonra... la deshonra en mi hogar! (*Con desesperación*).

ESCENA X

Dichos y *Magnier* foro izquierda entrando precipitadamente

MAG. ¡Qué he oído! ¡Aclara Gabriel los conceptos que acaban de verter tus labios!

ANT. ¡Papá!

MAG. ¡Juana! ¡Hablad, hablad pronto! Antonio, ¿porqué callas?

D.ª J. (*Con voz débil*). ¡Miguel!...
PEP. ¡Papá!
MAG. ¡Decid!
ANT. (*Entregándole la carta*). Lea V., papá, lea V.
MAG. (*Después de leer*). ¡Qué es esto! ¡No puede ser! Calumnias! ¡No es verdad!
GAB. ¡Es verdad, padre, es verdad! ¡La deshonra en nuestra casa! (*Magnier como si desfalleciera*).
PEP. (*Alarmada*). ¡Papá!
D.ª J. (*Idem.*) ¡Miguel!
ANT. ¡Padre!
MAG. ¡No es verdad repito, no puede ser verdad! ¡Esto es soñar!
GAB. ¡La realidad, padre, la realidad!
MAG. ¡Maldita, maldita mil veces!
PEP. ¡Padre!
D.ª J. ¡Miguel! (*Magnier cae sin sentido en brazos de Antonio, Pepita y María*).
PEP. ¡Padre se muere! ¡¡Padre!! (*Grito desgarrador*).
ANT. ¡Papá!
D.ª J. ¡Miguel!
GAB. ¡Infames, infames!
PEP. ¡Papá!
GAB. (*Levantándose amenazador de la silla y disponiéndose a salir*). Venganza!
ANT. ¡Gabriel! (*Impidiéndole la salida*).
GAB. ¡Venganza, venganza!

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

PERSONAJES QUE INTERVIENEN

Teresa.—Enrique.—Criada.—Salvador, niño de unos dos años de edad.—Pauleta, ama de una casa de lenocinio, 40 años.—Luis, 23 años.—Una mujer de vida airada que habla, otras mujeres que no hablan.—Dos vecinos que no hablan y un agente de O. P. que dice escasas palabras.

CUADRO PRIMERO

Habitación en 2.º término, ricamente amueblada con puerta al fondo y lateral derecha. Sofá a la izquierda. Timbre.

ESCENA PRIMERA

Enrique y Teresa

TER. Ya sabía yo que más o menos tarde alcanzaríamos su perdón, son buenos mis padres.

ENR. A nuestras primeras cartas, tal vez para justificar su enojo, no contestaron.

TER. Creerían debian hacerlo así. Ya has visto a nuestro último ruego como...

ENR. Y más que acceder a nuestros deseos; que eran los de obtener su perdón, prometen hacernos hoy su primera visita, visita de reconciliación. Vendrán, yo supongo que vendrán.

TER. ¡No han de venir! Corriendo. Tanto como nosotros lo desean ellos. Figúrate el afán que tendrán por conocer al nene.

ENR. A mí tampoco me conocen.

TER. Y a tí también.

ENR. Tus hermanos...

TER. No lo han de impedir. De poner algún reparo no nos hubieran anunciado su visita.

ENR. Tienes razón.

TER. No dudo que entre ellos habrá habido sus discusiones acaloradas y hasta sus disgustos; pero al fin y a la postre mis padres han debido vencer, cuando nos perdonan y dando al olvido lo pasado vienen a abrazar a su hija y a conocer a su nieto.

ENR. ¡Qué alegría, Teresa!

TER. La mía es infinita. Dos años sin verlos, sin recibir sus caricias. Era yo la niña mimada de casa, el juguete de la familia. ¡Cuánto habrán sufrido en ese tiempo! María, la buena María, que sin saberlo mis padres, ha venido algunas veces a verme, me contó que al conocer mi padre la noticia de mi fuga cayó sin sentido, como herido por el rayo, creyendo todos, en un principio, que había muerto. Hoy no diera aquel paso, meditaria más las cosas.

ENR. ¿Te arrepientes?

TER. No lo diera. En esos dos años he sufrido mucho y he aprendido más.

ENR. ¡Teresa!

TER. Hablo en esta forma porque me arrepiento de haber causado a mis padres tanto dolor.

ENR. No entiendo tus palabras, Teresa. ¿Qué has querido decir?

TER. Nada... nada.

ENR. Me sorprende tu lenguaje.

TER. Me extraña.

ENR. Me parece haberme conducido contigo...

TER. Nada... nada.

ENR. Pero...

CRIA. *(Anunciando)*. Los señores.

TER. ¡Ah! *(Sale precipitadamente por el fondo. Dentro.)* ¡Papá, mamá de mi alma! ¡Qué alegría más grande, qué alegría! *(Se oyen besos, suspiros, sollozos. Enrique de pie, un tanto inmutado, espera la aparición de los padres de Teresa. Esta abrazándolos entra en escena).*

ESCENA II

Dichos *Magnier* y *Doña Juana*

D.ª J. ¡Hija de mi vida! *(Se besan y abrazan repetidas veces).*

MAG. Caballero... *(Enrique contesta al saludo con una inclinación de cabeza y sin atreverse a despegar los labios).*

TER. ¡Mamaíta! ¡Papá!

ENR. Yo ruego a los señores se sirvan tomar asiento. *(Con embarazo).*

TER. ¡Aquí, aquí! *(En el sofá)*. Y yo enmedio, así.

D.ª J. ¡Hija mía!

TER. ¡Qué buenos, qué buenos habéis sido conmigo, con esta ingrata que!...

MAG. Y lo somos, hija mia; lo somos y seguiremos siéndolo... sólo que... *(Un tanto emocionado).*

TER. Habéisme otorgado vuestro perdón y echado al olvido mi falta. No tengo palabras con qué agradecer...

MAG. Hija...

TER. Se me alcanza que mi conducta, para con vosotros, ha sido reprochable... que no era merecedora a vuestra piedad; pero...

MAG. Ya ves...

TER. Lo comprendo y me recrimino y lloro muchas veces el haberos hecho sufrir, créanlo Vds. *(Pausa).* Enrique... *(Indicándole que hable).*

ENR. *(Vacilante)*. Yo... Como el delincuente ante el tribunal que ha de juzgarle, me encuentro confundi-

do, anonadado sin valor para defenderme o atenuar tan siquiera mis graves faltas. Aquí estoy bien dispuesto y resignado a escuchar vuestros justos reproches. Reconozco que falté, que obré mal, muy mal; pero estoy dispuesto a reparar el daño que causé. Si Dios llamára un día a mi esposa había de devolver a Teresa la honra que la debo, pagando en parte al menos el sacrificio que hizo por mi abandonando a sus padres que tanto la adoran.

MAG. Vuestra locura, vuestra insensatez produjo en mi corazón y en el de mi esposa, un golpe fatal, una herida tan profunda, que difícilmente podrá cicatrizarse. ¡Qué días más amargos los nuestros, aquellos que siguieron a vuestra huída! *(Teresa y doña Juana enjúganse las lágrimas; Enrique tiene inclinada sobre el pecho la cabeza)*. Las lágrimas no cesaron de humedecer nuestros ojos, el dolor, el desconsuelo no pararon de aguijonear nuestras almas. Caí en una postración fatal; todos temieron por mi vida. Y en el delirio de la fiebre producida por una enfermedad que contraje luego os veía a los dos que con sonrisa sarcástica hacíais escarnio de mí. ¡Qué tormento más espantoso el mío!

D.ª J. ¡Miguel!... ¿Porqué recordar cosas pasadas?

TER. ¡Papá!

MAG. Pero dando al olvido aquella vuestra locura sólo frases de perdón han de pronunciar mis labios, pues creo sinceramente en vuestro arrepentimiento.

TER. Sí, papá, sí; arrepentidos, bien arrepentidos.

ENR. En nuestro más grande arrepentimiento.

D.ª J. No se hable más de lo pasado y ocupémonos solamente del porvenir. Teresa.

TER. ¿Qué quieres, mamá?

D.ª J. ¿No lo adivinas? Como puedes suponer, muero en deseos de conocer a vuestro hijo, a mi nietecito Salvador.

MAG. Claro qne sí. ¿Dónde está que no le veo?

D.ª J. ¡Tráelo, que lo traigan!

TER. Enseguida. *(Toca el timbre)*. Verán Vds. que monada. Es muy pillo, muy pillo. *(A la criada que aparece foro)*. Traiga V. al nene. (*La criada se retira*). Pero es muy bueno, muy bueno.

ENR. Sólo que algunas noches.

TER. El pobrecito está con la dentición; pero es un angelito, créanlo Vds.

ENR. Ya come alguna papilla.

D.ª J. Qué rico.

MAG. Y... ¿A quién, vamos a ver, se parece?

TER. Unos dicen que a su padre y otros que á mi. Ustedes dirán. (*Aparece la criada con el nene*). Ya está aquí.

D.ª J. (*Levantándose como igualmente Magnier*). ¡Monín! ¡Salvadorcito de mi vida!

MAG. ¡Rico! ¿Es goloso?

TER. Todos los niños...

MAG. Llevamos azucar y caramelos.

TER. *(Riendo)*. ¡Papá! Si aún es muy chiquirritín. ¿Verdad que eres muy chiquirritín? *(Al nene)*.

D.ª J. Y unos juguetes. *(Magnier enseña un pequeño envoltorio)*.

TER. Jesús, papá! Todo lo va a romper.

MAG. Que lo rompa; es suyo.

D.ª J. Le traeremos otros. Todo por el nene. ¡Ay, ay, ay! ¡Granujilla!

MAG. ¿Qué pasa?

D.ª J. El nene que...

TER. La fiesta aguada! *(Riendo)*.

MAG. Salvadorcito es agradecido y paga con lo que tiene, de la manera que puede el obsequio que le hacemos. *(Riendo)*.

ENR. Llama a la criada, llámala.

MAG. ¡Bah! No es nada, no es nada. Un pequeño aguacero. Hay que acostumbrarse ¿verdad nene?

D.ª J. Un remojón, un pequeño remojón.

TER. (*Al nene*). No hacen esto los chicos. Avisan con tiempo. (*Toca el timbre*).

MAG. Ya no tendría gracia. Sin avisar va mejor. (*Aparece la criada*).

TER. Llévese al niño.

D.ª J. Déjalo, mujer.

TER. ¡No, no, podría volver...

D.ª J. ¿Y qué importa? (*Teresa toma a doña Juana el niño y lo entrega a la criada no sin antes llevárselo ésta, besarlo Magnier y doña Juana. La criada desaparece con el niño en brazos*). ¡Pobre angelito, asustado va!

ENR. Los niños sorprenden muchas veces.

MAG. Sí... todos hemos hecho lo mismo.

D.ª J. Está rollizo. ¿Verdad?

TER. Se alimenta bien. Hace unos días que sólo despierta una vez durante la noche, toma el pecho y vuelve a quedar dormido como un lirón. Da gusto.

ENR. Ahora; pero nos ha hecho pasar algunas...

TER. La dentición; es claro. Pero ya está bien.

MAG. (*Levantándose*). Como se hace tarde...

TER. ¿Se van Vds. ya?

MAG. Sí.

TER. ¡Tan pronto!...

ENR. ¿Tienen prisa?

MAG. Mucho que hacer es lo que tenemos.

D.ª J. Volveremos otro día.

TER. ¡Sí sí! Vengan Vds. muy amenudo.

ENR. Lo celebraremos infinito.

MAG. Enrique... (*Tendiéndole la mano*).

ENR. Señor Magnier... (*Estrechándosela*).

MAG. Teresa... (*Besándola*).

TER. Papá... (*Id*).

ENR. Espero no me guardarán Vds. rencor.

MAG. Como he dicho, todo lo hemos dado al olvido. Son nuestros deseos que viváis felices en santa paz y unión.

D.ª J. ¡Hija mía!...

TER. ¡Mamaíta! (*Se besan y abrazan. Luego salen todos por el foro derecha*).

ESCENA III

Teresa y Enrique

TER. ¡Qué buenos son, en ellos no cabe el rencor!

ENR. No han dicho nada respecto a tus hermanos.

TER. No era prudente son buenos también, y ellos, como mis padres, en el fondo de su corazón perdonan nuestro extravío. No han de tardar en traspasar el umbral de esta puerta.

ENR. ¿Lo crees así?

TER. No tengo duda; tu veras.

ENR. Así sea.

TER. Además, nosotros tampoco hemos hecho la menor indicación.

ENR. Yo por mi parte no lo he creído oportuno.

TER. Tampoco yo. Cuando vuelvan daremos lugar a...

ENR. Dices bien. ¿No has interrogado nunca a María respecto a este particular?

TER. Si.

ENR. ¿Y qué dice la criada?

TER. Que al principio mostrábanse furiosos contra nosotros; Gabriel clamaba venganza; pero que ha ido mitigando aquella furia, aquel rencor y que hoy día hablan con tranquilidad y calma de mi huída.

ENR. Más vale así.

TER. Por eso digo... *(Pausa)*. Voy a dejarte, Enrique.

ENR. ¿Vas a salir?

TER. Si me lo permites.

ENR. ¿Puedo negarte nada?

TER. He de ver a mi modista y darla prisa. Si no voy, no terminará mi vestido para el domingo, ni el abriguito del nene. *(Toca el timbre)*. Es muy perezosa. Voy a arreglarme un poco. *(A la criada que aparece)*. ¿El nene?

CRIA. Duerme.

TER. Puede V. ayudarme a vestirme.

CRIA. Lo que V. mande.

TER. Vamos a mí cuarto. *(Las dos desaparecen 2.ª derec.)*

ESCENA IV

Enrique solo

ENR. Efectivamente, buenos... muy buenos son los padres de Teresa. De no ser así y sentir hacia nosotros el más pequeño rencor, el perdón se hubiera hecho esperar. Los hermanos, aunque ella afirma lo contrario, no han de perdonar tan fácilmente nuestra falta, sobre todo ¡mi grave falta!, los padres son una cosa, los hermanos... es distinto. Por que... lo reconozco, no me he conducido yo muy bien con Teresa; pero no hubo más remedio que engañarla miserablemente. Si la hubiese francamente manifestado mí situación, de fijo no se hubiera avenido a abandonar a su familia, a su hogar, a cuanto amaba, por seguírme a mí e indignada hubiera rechazado mi proposición. En fin ya está hecho y no podemos volverlo atrás. (*Pausa*). No es la primera ni la segunda vez que Teresa, aunque de una manera indirecta recuérdame mi comportamiento para con ella. «He sufrido mucho y he aprendído más en esos dos años que vivo ausente de mis seres queridos»,—repite de vez en cuando.Y aunque finjo no entender yo el verdadero significado de sus palabras, adivina Teresa en mí que como agudos puñales llegan a mi corazón y lo desgarran. (*Pequeña pausa*). No sé; pero me imagino, quizás soy injusto, todo lo injusto que puede ser un hombre enamorado, que no siente por mi Teresa, aquella pasión, aquel cariño de antaño y se me antoja ver en ello cierto desvío, cierta frialdad, frialdad y desvio que desgraciadameute me explíco, porque tienen su causa, su lógico y aterrador fundamento. No quiero pensar en lo pasado y aunque me esfuerzo en...

ESCENA V

Dicho y *Teresa* segunda derecha

R. Ya está.
R. Muy bien. ¿Tardarás mucho?
R. No. Aunque después de dar prisa a la modista he de ir a ver a Elena; está enferma, como sabes, y nada se de ella. Adios.
R. Así, tan...
R. ¿Qué quieres?
R. ¿Y no lo sabes tú?
R. No adivino...
R. Que ingrata memoria tienes.
R. Los sufrimientos... ¡Ah! ahora caigo. Dispensa, iba distraída. (*Dánse un beso*).
R. ¿En qué pensabas?
R. Pues... en mis padres. Adios, adios. (*Sale foro*).

ESCENA VI

Enrique solo

R. Es un encanto esa mujer, un verdadero encanto. Quizás por eso temo tanto que un dia pueda abandonarme, marcharse con otro. Y si esto sucediera no podría yo sobrevivir a tan rudo golpe y habría de poner fin a mi existencia, que Teresa constituye para mí, la felicidad, la dicha. (*Pausa*). No tienen, claro está, fundamento racional mis temores, máxime, cuando hasta la hora presente se ha conducido conmigo lealmente, fielmente. Mis pesares han sido sus pesares, mis penas las suyas, mis lágrimas, sus lágrimas. Más no se puede pedir, pedir más fuera tiranía.
A. (*Segunda derecha*). Señorito.
. ¿Qué hay?
. En el cuarto de la señorita, encuentro tirada en el suelo, esta carta.
¿Una carta? A ver. (*La criada entrega a Enrique la*

carta y desaparece foro derecha. Fijándose en el sobre). No dice nada el sobre. (*Enrique saca del sobre un papel y lee. Pronto se observa en su semblante la estupefacción*). ¡Qué es esto! (*Sigue leyendo*). ¡Yo estoy soñando! ¡No he leído bien! (*Sigue en la lectura*). ¡Mentira, mentira! ¡No puede ser! ¡Hay que leerlo de nuevo! (*Lee en alta voz*). «Mi querido Teresa: Cumplen tres días, con hoy, que no he podido recrearme en la luz de tus miradas, de tus ojos fascinadores, y yo necesito verlos à cada instante; siempre.—Sal hoy con cualquier pretexto, pues me precisa hablarte.—Estoy muy abatido, muy triste desde el domingo y necesito que tu me reanimes alegrando mi corazón y mi espíritu al par que me ayudes a salir de la apurada situación en que me encuentro.—Has de saber, que no he podido pagar este mes de pupilaje y la patrona me amenaza con echarme à la calle si dentro de dos días no la satisfago su deuda.—Si cualquier circunstancia te impidiera salir hoy, vé mañana à casa de Pauleta, calle de la Cadena... que yo estaré allí esperándote ansioso. ¿Irás?—Siempre tuyo... —L.» (*Larga pausa durante la cual dará Enrique a comprender al público el doloroso efecto que le ha producido el contenido de la carta*). ¡No puede ser, no puede ser! Y si no puede ser... ¿cómo han escrito esto? (*Pequeña pausa*). Ya lo sé, ya lo sé. ¿No hay un sentimiento que se llama envidia? Pues la envidia ha estampado en este papel una calumnia. ¿No hay quién se goza en el dolor ageno? Pues ese, quién sea ha escrito esa carta infamante, para deshonrar a mi Teresa, y herirme a mí en el alma. (*Leyendo*). «Siempre tuyo... L.» Ele... puede ser... Lorenzo, puede ser... Luciano, puede ser... Luis, puede ser... ¡Vaya V. a saber! Pero ni es Lorenzo, ni es Luciano, ni es Luis; no es nadie, nadie más que un calumniador infame que se vale del anónime para atormentarme. (*Pausa*). Pauleta... ¿Quién

es Pauleta? Calle de la Cadena... (*Pausa*). Pero qué móviles pueden conducir a ese L., a escribir una carta como ésta si real y positivamente no es ni pretende ser el amante de Teresa? (*Pausa*). Aquel hombre que indiscretamente la miraba en el paseo el domingo último, tal vez... Veo hace días a Teresa preocupada y esto bien pudiera ser lo que dice la carta. (*Pausa*). Yo no puedo permanecer en la duda, la incertidumbre me mataría. Si escapó conmigo una vez de su hogar ¿Por qué no ha de intentarlo de nuevo? ¡Sí, sí, Lo veo claro. Ahora me explico la prisa que tenía en marchar, que ni tan siquiera se acordaba de darme el acostumbrado beso. (*Con sarcástica sonrisa*). ¡Claro! En casa de Pauleta le aguarda su amante a quien ella ha de ayudar a salir de uua apurada situación. ¡Sí, la carta dice verdad, no es la envidia quien la ha escrito, no, es el amante a su amada, el amante vulgar que la pide a la par, placer y dinero! ¡Sí, se entienden los dos, se ponen de común acuerdo y burlan mi buena fé! «He sufrido mucho y he aprendido más en esos dos años que vivo ausente de los que me aman»—ha dicho. ¡Sí, sí; veo bien clara la cosa, bien clara; todo se compagina, coincide todo! ¡Ya no tengo duda, no debo dudar. no puedo dudar! ¡Qué es verdad todo, todo, todo! *(Con desesperación. Se deja caer en una butaca, cubriéndose el rostro con las manos).*

CUADRO SEGUNDO

ibidor en 2.º término. Dos puertas al fondo y una lateral derecha. Una mesa y escasas sillas.

ESCENA VII

leta y *Luis*. Éste sentado junto a la mesa tomando una copa. *Pauleta* de pie próxima a *Luis*.

L. Saborea esto Luis y dime luego si tu paladar ha gustado una cosa más rica.

LUIS (*Apura la copa*). ¡Pauleta, Pauleta, es néctar delicioso esto; buenas manos lo elaboran!

PAUL. Es de lo fino, de lo bueno y mejor.

LUIS Y como bueno, caro.

PAUL. No; dos reales copita para los parroquianos, los demás...

LUIS Según vé una ¿eh?

PAUL. Claro, en algo han de contribuir al sostenimiento de esta *santa* casa los que sólo acuden a ella para recrear su vista y que son muchos por desgracia.

LUIS No lo dirás por mí, Pauleta.

PAUL. Tu cumples... como bueno. No ignoras, empero, que vienen aquí algunos a matar las horas y se toman durante una tarde, o duranre una noche, cuando más, un par de copitas; a esos hay que apretarles la clavija. ¿No estoy en lo justo, Luis?

LUIS Rigurosamente en lo justo.

PAUL. Y torciendo en la conversación...

LUIS Hablemos de lo que interesa. ?Verdad?

PAUL. Esto es; *de lo que nos interesa*.

LUIS A tí más que a mí.

PAUL. A los dos.

LUIS Hablemos; pero antes déjame apurar otra copita de liquido tan precioso.

PAUL. ¡Cómo te gusta! ¿Eh?...

LUIS ¿Y se titula?...

PAUL. *Pauletti*.

LUIS ¡Caramba! Que nombre más propagandista; es un reclamo. No, como suspicacia y viveza comercial no te faltan, querida Pauleta.

PAUL. «Vamos a tomar una copita de *Pauletti*.—Dicen algunos, muchos.—Vamos». ¿Y dónde van a tomar el delicioso *Pauletti* sino en casa de Pauleta. Y aquí acuden. Pero no divaguemos y tratemos de lo que interesa.

LUIS Abre el pico.

PAUL. ¿Dices que es guapa?

LUIS Una preciosidad.

PAUL. ¿Casada?

LUIS En segundas nupcias.

PAUL. ¡Jesús, Jesús! Será un vejestorio. Ya te he dicho que si no vale no la quiero. Veo que no me sirve esa Teresa, que me proporcionas, o tratas de proporcionarme.

LUIS No te exaltes, Pauleta, no te exaltes.

PAUL. Hijo, lo que me cuentas no tiene nada de tranquilizador.

LUIS No te exaltes, repito. Teresa, no es Inés de Ulloa, claro está; pero reune todas aquellas condiciones y aún más, para el objeto a que tu quieras destinarla.

PAUL. Desembucha, pues.

LUIS Teresa es joven, extraordinariamente guapa, delicadamente fina y completamente soltera.

PAUL. Hombre...

LUIS Vive con uno, con un joven italiano, aprovechándose de la inexperiencia de la niña, de su buena fé, la engañó miserablemente haciéndola creer que era soltero, cuando estaba y sigue estando bien casado, por la iglesia y lo civil y divorciado de su cara mitad ha mucho tiempo.

PAUL. Y ahora tu...

LUIS Oye, oye, Pauleta.

PAUL. ¿Qué hay?

LUIS ¿No me viste el otro día, el domingo, creo, hablando con una joven...

PAUL. *(Asombrada)*. ¿Aquella señorita?

LUIS Aquella.

PAUL. *Boccati di cardenali.*

LUIS No te decía yo...

PAUL. Entremos en transacción.

LUIS Que bien hablas hoy Pauleta.

PAUL. No perdamos tiempo. ¿Cuánto?

LUIS ¿Cómo... cuánto?

PAUL. ¿Cuánto pides por hacer que Teresa?...

LUIS Doscientas cincuenta pesetas.

PAUL. ¡Luis!

LUIS Hija... lo bueno es bueno y lo bueno es caro.

PAUL. Baja un poco.

LUIS Es de lo fino, de lo bueno y mejor.

PAUL. Baja. Doscientas.

LUIS Nanda; hoy quiero ser generoso, espléndido. Doscientas pesetas con la condición de que no has de cobrarme las dos copas de *Pauletti* que me he tomado y otra que voy a tomar. Con tu licencia. *(Se sirve otra copa).* ¿Conforues, Pauleta?

PAUL. Conformes. ¿Y vendrá hoy?

LUIS No ha de tardar. La escribí ayer citándola aquí para esta tarde con el fin de que la conocieras y la admirases. Vendrá, estoy seguro. ¿Cómo no si la llama mi amor?

PAUL. ¡Granuja!...

LUIS Otra copita.

PAUL. *(Retirando la botella).* ¡Quita, quita! Terminarias la botella y esto no es el trato.

CRIA. *(Foro derecha).* Señora Pauleta.

PAUL. ¿Qué quieres?

CRIA. Ahí fuera una señorita pregunta por V.

LUIS *(Muy contento).* ¡Es ella! Salgo a recibirla. *(Sale foro derecha).*

PAUL. Nada, nada, ya va ese. *(La criada también desaparece foro derecha).*

ESCENA VIII

Dichos y *Teresa* foro derecha

LUIS Tengo el gusto, querida Pauleta, de presentarte, a la mujer más hermosa, más delicada y fina de cuantas calienta el sol.

PAUL. ¡Bella Teresita!...

TER. Señora Pauleta. *(Algo turbada).*

LUIS Nada de turbación; aquí puede uno, como en su casa, hablar y hacer cuanto le venga en gana. ¿Verdad, Pauleta?

PAUL. Aquí no hay que turbarse, ni preocuparse, ni ruborizarse; aquí puede obrar *una* con entera libertad. Y para que sea esta más absoluta me retiro. *(Sale foro izquierda).*

ESCENA IX

Dichos menos *Pauleta*

LUIS Sentémonos, Teresa mía, y dime que tanto como yo has sufrido en esos tres días que no nos vemos. *(Se sientan en un sofá).*

TER. Más que tu he sufrido yo, Luis, porque tu no veste obligado a permanecer al lado de persona que te repugna y puedes, con tus amigos, distraerte, mientras que yo... Tu sufres por que no puedes verme a todas horas; yo además de sufrir por el mismo motivo me veo obligada a poner cara alegre al hombre que tan villanamente me engañó.

LUIS ¿Y porqué?...

TER. Porque, quiera que no, es Enrique el padre de mi hijo.

LUIS No te entristezcas, Teresa, que no puedo ver llanto en tus ojos, sin que se humedezcan los míos. Alégrese el corazón que de alegría los dos necesitamos y gocemos de la vida.

TER. Luis...

LUIS Y para gozarla espléndidamente es preciso dar al olvido el pasado y pensar solamente en lo porvenir. En mi carta debistes leer: «Estoy triste, pensativo, porque desde el domingo no he podido verte y yo necesito mirarte a cada instante, como tu a mí.

TER. Sí, Luis.

LUIS Procuremos, pues, vernos diariamente y así nuestro sufrir se hará más llevadero.

TER. Me hablas en tu carta de una situación apurada.

LUIS Muy apurada. Me amenaza la patrona con ponerme de patitas en la calle si dentro de veinte y cua-

tro horas no la pago el importe de mi pupilaje correspondiente al finido mes. Si no puede satisfacerle la deuda tendré que tomar el tren, si puede tomarlo, e irme a Madrid al lado de mis tíos que se han empeñado ¡mira tú! en que sea yo cura *(Sonriendo)*.

TER. Eso no, de ninguna manera; no quiero que te vayas.

LUIS Sí... pero... como se te alcanzará...

TER. No quiero. Yo abonaré lo que sea.

LUIS Me tranquilizas, me quitas un peso enorme de encima, mi patrona.

TER. ¡Qué no haria yo por mi Luis!...

LUIS Que buena eres... entre todas las mujeres.

TER. Y tú... ¡Qué tunante!

LUIS Si mis tíos te oyeran de fijo cambiarían de opinión. ¿Verdad que yo no nací para manejar el hisopo?

TER. No tienes tu cara de cura.

LUIS Y... ¿De obispo. Teresa, te parece?...

TER. Tampoco de obispo. ¿Sabes de que tienes cara tú?

LUIS ¡Cara... Teresa! *(Meloso)*.

TER. De embustero y trapalón.

LUIS ¡Me ofendes!

TER. Porque es mentira que estés en descubierto con la patrona, ni que...

LUIS Yo te juro...

TER. Que eres un truhán; pero no temas, tendrás lo que apeteces, dinero.

LUIS Dame, dame un beso. *(Se besan)*. Si es verdad que hay querubes eres tu un querube, si es verdad que hay ángeles, tu eres un ángel.

TER. Y si es cierto que hay demonios... tu eres uno de ellos.

LUIS ¡Teresa encantadora, mi Teresa!

TER. Tu Teresa... pero con una condición.

LUIS Imponla.

TER. Que has de corregirte de este feo vicio que te domina.

LUIS ¿Yo vicioso?
TER. El de faltar a la verdad.
LUIS En una palabra; el de embustero. Lo prometo.
TER. Más que esto; júralo.
LUIS *(Con solemnidad)*. Juro por la mitra, que de tener otra cara, otro porte y otra cabeza que la que sostienen mis hombros, hubiera podido encasquetarme, que en lo venidero, ni una vez tan siquiera faltaré al octavo mandamiento. Puedo decir ahora *¿Mi Teresa?*
TER. *(Levantándose)*. Ahora... sí.
LUIS *(Levantándose también y abrazando a Teresa con mucha suavidad la arrastra hácia la segunda derecha. al mismo tiempo que va diciendo)*. ¡Teresa mía! —Luz de mis ojos—alma de mi alma.—Ser de mi ser—mujer querida—toda mi vida—esclavo tuyo—prometo ser. (*Penetran abrazados en la derecha*).

ESCENA X

Paulita y una mujer de vida airada foro izquierda

MUJ. ¿Dice V. que es guapa?
PAUL. Un angel. ¿No están aquí? (*Se aproxima a la segunda derecha y escucha breves instantes. Luego dice con intención:* ¡Ah!... Pues sí, un angel que nos viene como llovido del cielo.
MUJ. Quisiera ver a esa hermosura.
PAUL. La verás, envidiosa; no te impacientes.
MUJ. ¿Casada, viuda o soltera?
PAUL. Soltera; pero vive con uno...

ESCENA XI

Dichos y *Enrique* entrando foro derecha)

PAUL. (*Ap*). Uno.
ENR. Buenas tardes.
PAUL. Muy buenas.
ENR. A ver...

MUJ. ¿Qué apeteces buen mozo? (*Con mimo*).

ENR. Yo... «Negrita»; tu lo que quieras tomar. (*Desaparece la mujer y Pauleta foro izquierda*). No veo... ¿Estarán?... (*Mirando a la segunda: Sentándose*). ¿Y si fuera todo una impostura, una calumnia vil; si alguno de esos seres que se gozan en el mal ageno hubiese escrito esa carta que tanto daño me ha hecho; si algún enemigo mío o de Teresa ¿quién no tienne enemigos? Con el infame propósito de realizar una venganza hubiese... María, la criada, dijo a Teresa, que el hermano de ésta, Gabriel, clamaba venganza contra nosotros, al enterarse de nuestra fuga. ¿Por qué Gabriel no ha de haber podido escribir aquellas palabras, que a la par que deshonran a su hermana me hieren a mí en el alma y horriblemente la atormentan? Todo cabe en lo posible. Serénate Enrique, serénate, no sea que vayas a cometer un atropello. (*Vuelve la mujer con una bandeja conteniendo una botella de ron, una copita, dos copas grandes, una botella de cerveza y otra de agua. Sirve a Enrique.*)

MUJ. (*Entre sorbo y sorbo*). ¿Tu no frecuentas la casa? O al menos desde que yo vivo en ella...

ENR. No había estado nunca.

MUJ. Volverás. (*Muy afirmativo*).

ENR. ¿Volver?

MUJ. Sí, quién viene una vez, viene mil.

ENR. ¿Sois muchas?

MUJ. Diez y seis y la señora Pauleta. Las que vienen de tapadillo, que son varias, no las cuento.

ENR. ¿Es decir que también?...

MUJ. Sí, hombre, si; esta es la gran casa. Aquí hay para todas las fortunas, para todas las edades y para todos los gustos.

ENR. Ignoraba yo...

MUJ. Y ¿cómo lo vas a saber si no vienes? Frecuenta la casa y te pondrás al corriente de todo, de entradas y salidas, de altas y bajas.

ENR. La frecuentaré.
MUJ. No te arrepentirás, yo te lo aseguro.
ENR. Bien, bien, mujer.
MUJ. Si llegas media hora antes hubieras visto a una de esas de matute; una muchacha hermosa, un angel, según asegura mi *ama y señora*. Yo no la he visto.
ENR. ¿Un angel... aquí?
MUJ. También vienen aquí los ángeles, como vienen los demonios. Ya te he dicho que ésta es la gran casa.
ENR. ¿Es decir que no la conoces?
MUJ. No, no se quien es, ni de donde viene, aunque es muy fácil adivinar a donde va.
ENR. Al abismo. (*Con gravedad filosófica*).
MUJ. No te pongas fúnebre que aquí no encaja.
ENR. Tienes razón. Conque dices que si llego media hora antes hubiera dado con el ángel...
MUJ. Caído.
ENR. (*Levantándose*). Lo siento, pues.
MUJ. ¿Te marchas?
ENR. Tengo que hacer. ¿Cuánto?
MUJ. Una peseta.
ENR. Toma. (*Dándola una moneda de dos pesetas*).
MUJ. Espera que no tengo sueltos.
ENR. Déjalo. Para tí. Adios. (*Apurando el mutis*).
MUJ. ¡Adios... Alma generosa, expléndido mancebo! Oye, oye. (*Enrique se vuelve. La mujer acercándose a Enrique le abraza obligándole a retroceder unos pasos. Melosa*). ¿Volverás?
ENR. Te lo prometo. (*La mujer le da un beso. En este preciso momento aparecen en el umbral de la puerta segunda derecha Teresa y Luis, al mismo tiempo que hacen salida del foro izquierda, Pauleta y algunas mujeres de vida airada*).

ESCENA XII

Dichos *Teresa*, *Luis*, *Pauleta* y mujeres

ENR. (*Con estupefacción*). ¡¡Teresa!!

PAUL. (*Bajo a las mujeres*). Aquí va a ser ella.

ENR. (*Sarcásticamente*). ¡Ya no es posible dudar... no es posible y, sin embargo... dudo, dudo! ¡Una fantástica ilusión de mi mente se me antoja lo que miro! ¡Tú... aquí, en el lodazal inmundo, donde la mujer... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! (*Sale precipitadamente foro derecha. Estupefacción en todos los personajes. Teresa inmutada corre tras Enrique quedando en escena sin alientos para moverse, Luis, Pauleta y demás mujeres de vida airada*).

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero.

ESCENA XIII

Enrique, de pie con los brazos cruzados e inclinada la cabeza sobre el pecho, *Teresa* sentada sosteniéndose la cabeza con las manos. Larga pausa.

ENR. (*Con tranquilidad aparente*). Aun... aun resuenan agradablemente en mi oído aquellas palabras que no ha muchos días al hablarte, en hipótesis, de un hombre que pudiera un día sustituirme en tu corazón, empleaste furiosa, contra mí, llamándome además, celoso incorregible, visionario y que se yo cuantas cosas que como bálsamo consolador, cayeron en mi corazón y lo aquietaron, tranquilizando mi espíritu a la par. ¡Cuánto bien me hicieron aquellas palabras que tanto decían en favor de tu honra, de tu honor, de tu dignidad y decoro. ¡Y qué falsas, Dios mío eran, qué falsas! (*Pausa*). Yo hubiera concebido en tí por ejemplo, el extravío, los pocos años, la falta de experiencia de la vida podían haberte extraviado llevándote a un precipicio, a un abismo sin fondo; pero que tu pecho encerrase falsedad, que anidase en tí, como en los malvados, tan refinada hipocresía, nunca ¡nunca lo hubiera imaginado; ahora lo imagino todo, com-

prendo que en tí cabe todo. (*Teresa intenta hablar*). No, espera, debes esperar, debes tener paciencia; no es mucho lo que te pido ¡paciencia! (*Paúsa*). Yo creía al unirme a tí, al entregarte por entero mi corazón, que era el único poseedor del tuyo, puro e inmaculado; que sólo por mi latía, agitábase sólo por mí y... ¡qué iluso, qué iluso era! Mi fé habíate depositado, mi confianza; cifrado en tí mi porvenir, mi felicidad, mi dicha, sin pensar... ¡crédulo insensato! que en un cuerpo hermoso cabe también la maldad, que tras unos ojos bellos pueda esconderse la vileza, que un pecho delicado y fino puede albergar un corazón perverso, un corazón de hiena, el envilecimiento, la liviandad, la deshonra, todo, todo lo más bajo, ruín y miserable. (*Sarcásticamente*). ¿Por qué has sido tan infame conmigo? ¿Por qué? ¿No me he conducido mejor, mucho mejor de lo que podías esperar? ¿No he satisfecho con holgura todos tus caprichos? ¿Te ha faltado acaso, ni una vez tan siquiera, el pan, el cariño, la consideración, la más alta consideración, el respeto? ¡No! no te ha faltado, de sobra has tenido todo esto. Y si nada te ha faltado, si de sobra has tenido cuanto pudieras apetecer ¿por qué has sido tal vil conmigo? ¿No comprendes que tu conducta es la más infame, que solamente los seres de alma ruín se conducen como tu te has conducido con un hombre que vivía sólo para tí? ¿No sabes como se califica entre las personas honradas a las mujeres que hacen lo que has hecho tu conmigo? ¿No lo sabes? ¿Verdad que no lo sabes? Pues se las llama... (*Fuera de sí*).

TER. (*Con dignidad y energía*). ¡Basta, basta ya! (*Levantándose*). Paciencia me has suplicado y con gran paciencia ¡con mucha paciencia! he escuchado tus reproches; y más tiempo hubiera seguido escuchándolos si no se hubiesen trocado éstos en injurias. (*Pausa*). Yo me hubiera resignado a oir tus

quejas justas o no, y tal vez acabado hubiera por implorar tu perdón, cayendo a tus pies de rodillas; pero habiéndome ofendido, tantas veces habiéndome ultrajado, ni debo ¡ni quiero! seguir escuchándote. Tu no tienes derecho a ofenderme, tu no tienes razón para ultrajarme.

ENR. No soy tu maridó.

TER. Y aunque lo fueras.

ENR. Si lo fuera... (*Violento*).

TER. No por eso justificarías tus insultos, tus ultrajes. Te lo repito, tu no tienes derecho a ofenderme.

ENR. Llega al colmo tu cinismo. ¿Con qué no tengo derecho... con qué no puedo exigir de tí?...

TER. Después de haberme ofendido no; antes lo hubiera, tal vez, consentido.

ENR. No eres, ni en poco ni en mucho, la Teresa de antes.

TER. No lo soy, desde hace tiempo que no lo soy y cada día lo he de ser menos; tu has querido que así sea.

ENR. ¡Teresa!... (*Amenazador*).

TER. No te exaltes; tu lo has querido, repito. Y me sorprendo que esperáras más de lo que he podido dar, de lo que puede dar una mujer a quien en flor matáronla sus ilusiones.

ENR. No entiendo tu lenguaje.

TER. Tan sencillo como es. *(Con ironía)*. Voy creyendo que la hipocresía no es patrimonio exclusivo de las mujeres y que anida también en el pecho de algún hombre.

ENR. Mide tus palabras, Teresa.

TER. Debías haber medido antes las tuyas. Las frases más injuriosas han salido de tus labios para ofenderme.

ENR. Sobrados motivos tengo.

TER. Y yo... ¿no? Claro, yo no tengo queja alguna que formular y deben, por lo tanto, humedecer mis labios. *(Con irónica sonrisa)*. ¡Qué sarcasmo!

ENR. ¡Y querrá tener aún razón!...

TER. *(Con energía).* Y la tengo; de sobra.

ENR. *(Con forzada sonrisa).* Una mujer caprichosa, o mercenaria, no lo sé, que olvidándose de los deberes para con el hombre que vive con ella, traspasa los umbrales del lupanar, para entregarse en brazos de otro hombre, tiene siempre razón. ¡No ha de tenerla! ¡Ja... ja... ja...!

TER. Has hablado de cinismo y nunca pensé cupiera tanto en tí; creíate más decente, más honrado. Me engañé.

ENR. Me engañé yo también.

TER. ¡Tu... no!

ENR. No creyera que Teresa, la cándida, la pura, la inocente Teresa, pudiera descender un día, a tan bajo nivel; muy otro era el concepto que de ella había formado.

TER. Por qué pudiste formarlo, porque era de justicia que lo formases. Pura e inocente, como la cándida paloma, era antes de conocerte; pero tu no quisiste que perdudara en mi aquel estado de inmaculada pureza y como un gavilán caistes sobre mi honra y la destrozastes. Y no satisfecho aún con tu hazaña, con tu vil hazaña, me separastes de mis seres más queridos, que lloraron por mí, tanto, como luego lloré yo por ellos.

ENR. ¡Oh!

TER. Me separastes, porque ¡crédula de mí! imaginé que dando cumplimiento a tus promesas de amor eterno, llevaríasme al altar. Y cuando veía cercano el día de mi felicidad... cuando creía próxima la hora...

ENR. *(Como si le espantara lo que va á decir Teresa).* ¡Teresa!...

TER. Cuando creía ver abiertas las puertas de un cielo hermoso, hundistes de improviso en un abismo sin fondo todas mis ilusiones, aquellas alegrías que tu me hicistes concebir, que tu... con palabras engañosas, me ofrecistes.

ENR. *(Previendo el final)*. ¡Teresa!...

TER. Y no pudistes llevarme al altar, restituir a esta infeliz criatura lo que miserablemente la robaste, porqué los casos de bigamia son severamente castigados por nuestras leyes...

ENR. *(Horrorizado)*. ¡Cesa!

TER. Engañaste a tu esposa, primero, inícuamente engañaste a esta desgraciada después, labrando su perdición.

ENR. ¡Calla!

TER. Un hombre que se conduce tan villanamente con su esposa, a quien se debe, que procede tan infamemente como tu has procedido conmigo, no merece ningún respeto, no puede exigir, no tiene derecho a exigir.

ENR. ¡Cesa!

TER. Las mujeres tenemos también nuestro amor propío, nuestra dignidad y sentimos con la misma intensidad de los hombres, las ofensas, los agravios. El hombre ha creído siempre, y aún sigue creyéndolo, que impunemente puede ofender a la mujer, y se engaña. Yo no soy, como tal vez habías imaginado, de las que se resignan y reciben los ultrajes sin protestar; yo me rebelo contra quién me ofende, me rebelo contra tí, porque tú, después de obrar tan canallescamente conmigo, me ultrajas, me ofendes, me humillas.

ENR. ¡No más, no más!

TER. No son ya, por fortuna los de hoy, aquellos tiempos en que la mujer, sufría resignada el yugo tirárico del hombre y acurrucada en un rincón de su hogar lloraba desconsolada su desdicha; hoy levanta la voz, crispa las manos y con la energía que da el reconocimiento de su personalidad, protesta indignada de las ofensas que se la infieren.

ENR. ¡Por favor!

TER. ¡Protesta, si! *(Con dignidad)*.

ENR. ¡Calla te digo!

TER. ¡Si has de seguir escuchándome, como el delincuente escucha la acusación fiscal; si es razón que escuches tu sentencia como yo he escuchado tus injurias!

ENR. ¡Oh!

TER. ¡Yo te condeno a sufrir mi desvío!

ENR. ¡Teresa!

TER. ¡Yo moralmente me separo del hombre que burló mi buena fé y proclamo, desde este inslante mi libertad de acción!

ENR. ¡No lo harás!

TER. Y no llevo, por de pronto, a efecto mi separación material, porque el hijo de mis entrañas, me resta valor para hacerlo, nada más que por esto; entre tu y yo nada de común exíste, un mar inmenso nos separa.

ENR. *(Muy abatido)*. ¡Es decir que ya no!...

TER. No. Tu no eres el hombre que soñó mi fantasía, eres como la mayoría de los hombres, torpe y vulgar.

ENR. ¿No quieres?...

TER. Quiero, sí... quiero vivir la vida y tu no puedes dármela, porque no la posees.

ENR. *(Suplicante)*. Teresa... Teresa... Oyeme.

TER. No he de escucharte.

ENR. ¡Teresa!...

TER. Ya lo he dicho.

ENR. ¡Una vez... sólo una vez!

TER. ¡Ni una vez!

ENR. *(Abatidísimo)*. Es decir... Teresa, que entre tu y yo...

TER. Nada de común. *(Con resolución)*.

ENR. ¿Ni mis ruegos?... *(Acongojado y suplicante)*.

TER. (*Con entereza*). Ni tus lágrimas.

ENR. ¿Otro hombre, Teresa, ha de poseer tu corazón, ha de recibir tus caricias?

TER. Tu lo has querido.

ENR. (*Frenético*). ¡Infame, infame!

TER. !Insúltame!

ENR. ¡Infame!
TER. ¡Sigue insultándome!
ENR. ¡Víl! ¡Perjura!
TER. ¡Más... aún más! ¿Porqué te detienes? ¡No te de tengas, sigue!
ENR. (*Enloquecido*). ¡Oh!
TER. (*Con sarcasmo*). ¡Sigue!...
ENR. ¡Maldita, maldita! (*Saca un revólver y dispara con tra Teresa, y sin cerciorarse si ha dado o no, vue ve el arma contra sí disparándose un tiro. Cae so bre el sofá. Teresa da un grito al oír el primer di paro.*
TER. ¡Ah! (*Grito desgarrador*). ¡Jesús! ¡Sangre! ¡Enriqu Enrique! ¡No responde! ¡Socorro, socorro!
ENR. (*Con voz débil*). ¡Teresa!...
TER. ¡Enrique, mi Enrique! (*Arrodillada junto a él imp de que caiga al suelo. Lo besa con frenesí repetid veces y rompe a llorar*).

ESCENA XIV

Dichos, *criada, Salvadorcito, dos vecinos* y *un agente de orden pú co*, entran en esta forma, en escena: Primero la *criada*, lu *Salvadorcito*, después los *dos vecinos* y últimamente el *age de orden público*.

TER. ¡Enrique!
ENR. ¡Yo muero!
TER. ¡Enrique mio!
ENR. ¡El nene! ¡Salvadorcito!
SAL. (*Asombrado y haciendo pucheros*). ¡Papá!...
ENR. ¡Un beso!... (*Salvador besa a Enrique. Romp llorar*).
AGE. (*Entrando precipitadamente*). ¿Qué ha sido?
ENR. ¡Yo... he... sido, yo... No... culpéis a na... ce ¡Muero!...
TER. ¡Enrique!
ENR. ¡Tere... sa... un be... (*Teresa besa a Enrique*).
TER. ¡Enrique!... (*Muere*). ¡Enrique! ¡¡Muerto!! (*Se*

caer sobre el cadaver de Enrique llorando desconsoladamente). ¡Muerto, muerto mi Enrique! *(Levantándose de repente).* ¡Y he sido yo!... ¡Yo soy... yo soy la culpable!

CRIA. ¡Señora! *(Tratando de consolarla).*

SAL. ¿Mamá? *(Llorando).*

TER. ¡Nadie más que yo! *(Al agente).* ¡Llevadme, llevadme, llevadme!

AGEN. ¡Señora!... *(Ap.)* Delira.

TER. ¡Yo he matado a mi Enrique! ¡Ja... ja... ja!...

CRIA. ¡Por piedad señora! *(Llorando).*

TER. ¡No os digo que he sido yo... yo!... ¿Que hacéis?... No os detengáis... llevadme... llevadme.

AGEN. *(Ap. a los vecinos).* Pierde el juicio.

TER. ¡No os detengáis!... ¡Prendedme!

CRIA. ¡Señora! *(Llorando).*

SAL. ¡Mamá! (*Llorando*).

TER. ¡Vamos!

CRIA. ¡Santo cielo!

TER. ¡Ja... ja... ja!... ¡Prendedme... prendedme... prendedme! ¡Ja... ja... ja!... (*No cesa de reir, como alocada hasta bajar totalmente el telón*).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

PERSONAJES QUE INTERVIENEN

Rosa.—Lola.—María-Cristina.—Bárbara.—Criada.—Salvador.—Carlos de Fuenteseca.—Martín, tipo chulapo, viste traje de pana color verde obscuro.—Un sargento de infantería.—Andrés.—Pepe.—Juan.—Sr. Cabral.—Benito de Subasnava.—Magdalena.

CUADRO CUARTO

Sala espaciosa con puertas al fondo y laterales. Mesa, sillas y otomanas.

ESCENA I

Lola, Rosa, María, Cristina, Bárbara y Salvador

LOLA ¿Conqué el viaje?...

ROSA Bien.

LOLA Y el nene... ¿Se ha mareado?

ROSA No.

BÁRB. *(Al nene)*. Eres un marino.

ROSA Parece que el mar le ha despertado el apetito, toda la noche pidiendo golosinas.

LOLA *(Al nene)*. ¡Granujilla! ¿Conqué te gustan las golosinas?

SALV. Mucho, ya lo creo. Aquel señor siempre me compra golosinas.

LOLA ¿Qué señor?

SALV. Aquel... ¿No lo sabe?
MAR. (*Ap.*) El poeta.
LOLA Aquel... aquel... Vienen tantos.
MAR. El de los sonetos.
LOLA ¡Ah, ya! (*A Rosa*). Y ¿cómo... cómo en Barcelona, querida?
ROSA Divinamente bien.
MAR. A esta siempre le va bien, donde quiera que va. No cabe duda que tienen ventaja, sobre las demás, las mujeres hermosas.
ROSA ¿Es una indirecta?
MAR. Bien directa.
ROSA Lo que es maliciosa...
MAR. Mal intencionada, querrás decir.
ROSA Esto es, muy mal intencionada.
MAR. Ahora veo que no te ha sentado muy bien el viaje, aunque afirmas lo contrario.
ROSA Eres incorregible.
LOLA Bueno... bueno. Y ¿Josefa?
ROSA Siempre joven.
MAR. A esa no hay quien la aje.
ROSA Leyendo siempre.
MAR. ¿Versos también? (*Bárbara desaparece foro izquierda*).
ROSA También versos.
LOLA Es particular.
ROSA Si tu supieras el bien que producen los versos...
MAR. Me lo imagino. (*Riendo*).
ROSA No; tu no tienes capacidad para imaginar estas cosas; para *maquinar*... otras, sí.
MAR. ¡Já... ja... ja!... (*Dice cantando la siguiente cuarteta*).

Yo la miro cada día
leyendo cosas sabrosas;
por dar gusto a la poesía
ella olvida muchas cosas. (*Soltando una sonora carcajada*).

ROSA No profanes.
LOLA (*A Bárbara que aparece con una cajita de cartón*).

Trae, trae. (*Sacando de la cajita un dulce y dándolo a Salvador*). Toma, toma.

ROSA ¡Por Dios no le déis más!

BÁRB. Que coma.

ROSA Si ha comido.

CRIS. No importa. Luego confites.

SALV. ¿Muchos?

LOLA Todos los de la caja. (*Enseñándoselos*).

CRIS. Como rie el tuno.

ROSA Se indigestará.

CRIS. No.

ROSA Siempre estaría comiendo dulces.

BÁRB. Tiene buen paladar.

MAR. Como su madre.

ROSA ¡Tía!... (*Va a decir: «tía sin vergüenza»*). Como su tía.

MAR. No la conozco.

ROSA Ni falta que hace. No todos somos acreedores a tenerlo.

MAR. Claro.

ROSA A los puercos no se les dá Margaritas.

MAR. ¿Qué es eso de puercos?

ROSA Otra cosa que ignoras.

BÁRB. (*A María*). Ig... ignorante.

ROSA Te lo diré: «No dar margaritas a los cerdos» dice un proverbio. Quiere decir esto, que las cosas buenas, exquisitas y delicadas no fueron creadas para las personas vulgares, ordinarías, como tú, y que deben solamente participar de ellos, los bien nacidos. «No se hizo la miel para la boca del asno».

MAR. Tu eres delicada, tan delicada, que te quiebras.

ROSA ¡María... María!

LOLA ¿Pero es que vais a incomodaros sin motivo ni razón?

ROSA Ella es la que provoca.

LOLA Siempre estáis... Mira el nene. Dos ha comido va con otro.

ROSA Goloso.

LOLA *(A Bárbara)*. Llévate la caja. *(Bárbara lo hace)*.
SALV. ¿Y los confites?
BÁRB. Mañana será otro día.
SALV. *(Llorando)*. ¡Quiero confites!
ROSA Mal criado.
LOLA Mañana, nene, mañana.
CRIA *(Entrando foro derecha)*. Un señor pregunta por tí, Rosa.
ROSA ¿Quién es?
CRIA. Adivínalo.
ROSA Como voy yo...
CRIA. El poeta. *(María suelta una carcajada)*.
ROSA ¿Te he hecho gracia?
MAR. Mucha. ¡Ja.... ja... ja!...
ROSA ¿Gracia... o envidia!
MAR. ¡Envidia!... ¡Ja... ja... ja... ja!...
ROSA O despecho. *(A la criada)*. Dile que pase y llévate el nene. *(La criada desaparece con Salvador foro derecha)*.
MAR. «No se hizo la miel para la boca del asno». A cualquier cosa llaman chocolate las patronas.
ROSA Esto es, *del asno*. A tí no corresponde *ese manjar*. *(Señalando la puerta del fondo derecha, refiriéndose al que ha de penetrar por ella)*.

ESCENA II

Dichos y *Carlos de Fuenteseca* foro derecha

ROSA ¡Carlos! *(Tendiéndole la mano)*.
CAR. ¡Rosa! Sabía su llegada y he venido a saludarla al mismo tiempo que a despedirme, pues salgo para el extrangero.
ROSA *(Contrariada)*. ¿Sí?...
CAR. Hoy mismo. *(Sentandose)*.
ROSA ¿Durará mucho su ausencia?
CAR. Un mes escaso.
ROSA ¿Y va V?...
CAR. A París.

ROSA Vaya con tiento, Carlos.

CAR. No me dejaré seducir.

ROSA Hay mujeres seductoras, que hacen enloquecer.

CAR. No tanto como V., Rosa.

ROSA ¡Pobre de mí!

CAR. Es V. bella, seductora... y buena; para enloquec no precisa ir a París, basta estar cerca de esta ro cuya fragancia...

ROSA Siempre poeta.

CAR. ¿No le agrada que así sea?

ROSA En extremo, V. lo sabe. Y a propósito de poes me ofreció V. una...

CAR. Se la traeré, mejor dicho, se la enviaré desde P rís. ¿Y el nene?

ROSA Por ahí dentro.

CAR. He pensado en él muchas veces durante su aus cia. Ese niño ha despertado en mí, un cariño se asemeja al de padre. Puede V. creerlo, R por él fuera capaz del más grande sacrificio.

ROSA *(Muy sentido)*. Agradezco vivamente sus palab ellas me demuestran que en su pecho anida un razón noble, más noble de lo que había imagin en un principio, y por lo tanto, mi afecto haci es más grande.

CAR. ¡Rosa!... *(Con vehemencia)*. ¡Qué hermosos sus timientos, que alma más bella la suya. Si V... *(Q da pensativo)*.

ROSA Termine V. la frase, no se detenga V.; yo le cho con placer.

CAR. *(Indeciso)*. Si V. Rosa...

ROSA Que poca fé tiene V., Carlos. *(Sonriendo)*.

CAR. Quizá haya algún fundamento para que ésta, totalmente en parte, haya huído de mí.

ROSA No está V. en lo justo. Lo que llama V. funda to, no lo es más que en apariencia. Estudie V caso, mi situación; fíjese V. en el ambiente q rodea y se convencerá, que la mayor parte cosas que realizo, son ficticias y que las hago

gada por la necesidad, muchas veces.

CAR. Tus palabras, sinceras o nó...

ROSA Sinceras. (*Muy afirmativo*).

CAR. Hacen renacer en mí la esperanza y aliéntanme a proseguir en mi obra.

ROSA ¡Su obra!... (*No entendiendo*).

CAR. De regeneración.

ROSA No entiendo.

CAR. Necesita V. regenerarse y... ¿Quién mejor que yo puede realizar tan humanitaria obra?

ROSA Carlos... (*Emocionada*).

CAR. Tengo empeño en que salga V. de la ciénaga y viva la verdadera vida, que no es, por cierto, la del lupanar. Quiero que su hijo no se avergüence el día de mañana, de su madre, que es buena, y que la fatalidad la llevó al más inmundo de los lodazales.

ROSA Por Dios, no diga V. estas cosas Carlos.

CAR. ¿Le hacen daño?

ROSA Mucho daño.

CAR. La realidad es cruel. ¿Qué es la mujer mercenaria? Al principio de su vida licenciosa un *objeto* agradable, por algunos codiciado; luego poco a poco va perdiendo su valor, como pierde la flor su fragancia, para convertirse en una *cosa* tan despreciable, que nadie aún ha intentado respetar.

ROSA ¡Por Dios, Carlos! ¿Ve V.? Las lágrimas asoman a mis ojos sin poderlo remediar. (*Refiriéndose a las demás mujeres*). Si esas me vieran llorar... ¡Cuánto se reirían de mí! En estos lugares las lágrimas provocan la hilaridad y hacen soltar ruidosas carcajadas.

CAR. Esto demostrará a V. que aquí se embrutecen las almas, se pervierten los más hermosos sentimientos... y que es preciso salir de aquí.

ROSA Tiene V. razón.

CAR. ¿Me ama V., Rosa? (*Rosa baja los ojos*). No baje V. los ojos que quiero recrearme en ellos y dígame si su corazón late alguna vez por mí.

ROSA ¡Carlos!...
CAR. No sea V. cruel y dígame...
ROSA Vamos a mi cuarto; *(Levantándose)* no quiero se guir aquí hablando; aquellas nos miran con insi tencia y...
CAR. Vamos. *(Muy lentamente y hablando se dirijen hac la segunda derecha penetrando en la indica puerta).*

ESCENA III

Dichos menos *Carlos* y *Rosa*

MAR. El poeta la ha convencido y conquistado poéti mente. *(Riendo).*
BÁRB. ¿Estáis de punto tu y Rosa?
MAR. Yo no; ella es la que...
LOLA Y tu también. No cesas de punzarla.
MAR. Dirá V. que yo...
LOLA Si lo digo; y no me acomoda ni me conviene estéis siempre como perro y gato haciendo pa a los parroquianos vuestras rabietas.

ESCENA IV

Dichos y *Martín*

CRIS. Ya tenemos aquí a Martinez Campos.
MART. Buenas tardes, castas doncellas.
MAR. ¡Hola Martín!
BÁRB. ¡Martinito!
LOLA ¡Señor Martin!...
MAR. ¿Y cómo andamos de?...
MART. Mira. *(Sacando el forro de los bolsillos del chal* A la *negligée.*
MAR. ¡Pobre Martín!
CRIS. ¿No hay trabajo?
MART. ¡Trabajo!... No me hables en castellano qu destrozas el *pit. (Riendo).*
MAR. Es decir...

MART. Que me van mal los negocios.

LOLA ¿Pero no dijiste que habían de darte una colocación los tuyos?

MART. ¡Los míos! *¡Mare de Deu!*

LOLA ¿No están arriba los tuyos?

MART. Cuatro grados bajo cero. Pero no habléis de cosas tristes que me entra congoja.

LOLA *(A Bárbara)*. Sírvele una copita a ver si se reanima. *(Bárbara desaparece foro izquierda y vuelve a poco con una botella de aguardiente y una copa sirviéndosela a Martín)*.

MART. ¡Esto es hablar! *(Después de apurar la copa)*. ¿Ha venido Rosa?

LOLA No ha mucho que ha llegado.

MART. ¿Buena y salva?

CRIS. Salva y... ¡buena!

MART. Lo celebro.

MAR. Oye, oye Martín: *(Con lentitud, mala intención y muy marcadas las frases)*. De buenas... a primeras... ¿Cuál de las dos... ¿eh? te gusta más?...

MART. ¿Cuales?

MAR. Esta *(Señalándose)* y la que ha llegado de Barcelona.

MART. ¿Cubrirá el rubor tu rostro si te lo digo?

MAR. Te aseguro que no.

MART. Mira que...

MAR. Te lo aseguro.

MART. Te lo diré cantando. *(Las mujeres aplauden)*.

MAR. ¡Mejor!

MART. *(Cantando)*. A la verdad faltaría
si no dijera una cosa:
que me gusta más María
que Bárbara, Cristina y Rosa.

BÁRB. ¡Estúpido! *(Lola y María rien)*.

CRIS. ¡Gracioso!

MAR. *(A Bárbara)*. Sírvele otra copa. *(Lo hace)*. Eres un sabio, Martín; conoces el mundo.

MART. Por eso no me caso.

LOLA Haces bien.

MAR. No te cases, Martín, no te cases, no te cases; tendrías que mantener esposa e hijos, y a lo que se vé no estás tu muy dispuesto a mantener a nadie; sino me equivoco.

MART. No te equivocas, acertaste.

MAR. Si tengo yo una penetración...

LOLA ¡Granuja!

ESCENA V

Dichos, *un sargento de infantería, Andres, Pepe y Juan entrando foro derecha*

SAR. Que si soy o no soy demócrata lo demostraré el día que Lerroux, diga: «Llegó el instante».

AND. Podemos contar, pues, con tu espada.

SAR. Contad con ella y con mi sangre.

JUAN (*Burlándose*). ¡Sangriento! (*Al sargento*).

SAR. Con mi sangre, sí señor, que ofrezco dar en holocausto de...

PEPE Una copa de cogñac.

JUAN Idem.

SAR. Manzanílla.

AND. Chartreux.

SAR. Yo juro...

PEPE Dejáos de esas quimeras.

MART. ¡Señores conspiradores!

SAR. ¡Hola Martín! ¿Qué se hace?

MART. Se vegeta amigo.

AND. ¡Martinito!

JUAN ¡Martinazo! diría yo!

PEPE Tu siempre tan campante.

MART. Tengo mis ratos.

AND. Lo suponemos. Toma algo. (*A Martín*).

MART. Aguavdiente. (*Bárbara trae en una bandeja todo lo que han pedido*).

SAR. Y de faena. ¿Cómo vamos?

MART. Hasta el advenimiento de la república no se trabaja, es una promesa.

SAR. Eres de los mios.
JUAN Ya tienes para rato. (*Riendo*).
AND. Y ¿porqué no hemos de dar unas vueltas si Martinillo nos hace el obsequio de dar al manubrio? ¡Martín!
MART. Sí, hombre sí.
PEPE Pasemos, pues, al salón.
SAR. Ni una palabra más.
MART. Niñas...
MAR. Vamos al salón. Y que nos sirvan algo.
CRIS. Al salón.
AND. Al salón. (*Lola penetra foro izquierda y vuelve a salir al momento. Desaparecen todos menos Lola por la segunda izquierda. Seguidamente se oye el manubrio. Casi al instante aparece la criada con una bandeja llena de copas conteniendo distintos licores. Penetra en la segunda izquierda volviendo a aparecer a poco y desaparecen por el foro izquierda*).

ESCENA VI

Dicha y *Cabral* foro derecha

CAB. Buenas tardes, Lola.
LOLA ¡Hola, señor Cabral! ¿Qué tal el viaje?
CAB. Regular, regular. ¿Me hace el favor de una copita de ron? (*Lola hace una afirmación con la cabeza y desaparece foro izquierda volviendo enseguida con una botella de ron, otra de agua, una copa grande y otra pequeña*). Parece que ahí dentro están de fiesta. Viva el buen humor, en quien pueda tenerlo. (*Aparece Lola*). Y... ¿Novedades?
LOLA Ninguna.
CAB. ¿Absolutamente... ninguna?
LOLA Digo mal.
CAB. Ya decía yo...
LOLA Hay una; no me acordaba. Ha llegado hoy de Barcelona...
CAB. ¿Quién?

LOLA Quien dirá V.
CAB. ¡Vaya V. a saber!
LOLA ¿No adivina?... (*Sonriendo*). Fuerce un poco su memoria y dará con la persona.
CAB. (*Como si tratara de adivinar*). No... no.
LOLA ¿No?...
CAB. Ahora creo... ¿Rosa?
LOLA La misma.
CAB. Y ¿está en casa?
LOLA En su cuarto, descansando. Ha venido un poco mareada.
CAB. ¿Y está bien?
LOLA Perfectamente bien; y más bella, si cabe.
CAB. Lo celebro.
LOLA ¿Si tiene V. interés en verla?...
CAB. Lo ha de suponer V.
LOLA La llamaré.
CAB. Llámela.
LOLA Voy. Enseguida estoy de vuelta.

ESCENA VII

Dicho y *Benito* foro derecha

BEN. Bien venido el señor Cabral.
CAB. Querido amigo.
BEN. ¿El viaje?
CAB. Regular.
BEN. ¿Mar de fondo?
CAB. Algo.
BEN. No puede V. imaginar lo que me gustaría navegar
CAB. En tiempo calmoso, lo creo.
BEN. Y también...
CAB. En estío es delicioso el mar; en invierno no ofrec los mismos encantos el charco.
BEN. Lo comprendo; pero...

ESCENA VIII

Dichos, *Rosa* y *Lola* en el dintel de la puerta segunda derecha

ROSA (*Ap. a Lola*). ¿Ha abierto V. la puerta de escape?
LOLA Sí.
CAB. (*Levantándose*). ¡Bien venida!
BEN. (*Idem*). ¡Muy bien venida! (*Salúdanse y dánse las manos*),
ROSA ¡Bien hallados, queridos amigos!
CAB. Siéntese V. y acompáñenos a tomar alguna cosita. Benito...
BEN. Una copita de ron.
ROSA ¿Qué he de tomar yo?
BEN. Lo que más la agrade.
ROSA Una gaseosa. Estoy aún un poco mareada. (*Se la sirven como también a Benito*).
CAB. ¿Y en Barcelona?...
ROSA Muy bien.
BEN. ¿Le gusta a V. la ciudad condal?
ROSA A la fuerza; soy catalana.
CAB. Esto no es una razón, querida amiga.
ROSA Casi. (*Cesa el manubrio*). A mi me agrada en extremo. No vivo en ella, porque... por cosas que no son del caso.
BEN. El país donde uno ha nacido siempre tira.
CAB. Dígamelo V. a mí. Llevo algunos años navegando, he visto mucho y bueno, pero... siempre la isla, mi isla.
ROSA Por eso digo... (*Siguen hablando. En este momento los que están en la segunnda izquierda entran en escena*).
SAR. Que mano tiene Martín para dar al manubrio.
MAR. ¡Vale un potosí!
JUAN ¡Toca... toca!
MART. Y lo que tocara... si le dejaran.
SAR. Dale otra copita a Martín.
MART. (*Cantando*). Dale, dale al manubrio,
fíjense en mi persona;

el hombre que trabaja
pronto se desmorona. *(Todos rien).*

SAR. He ahí un axioma.

AND. *(A Martín).* ¡Axiomático!

MART. ¡Tuberculosis! *(Todos rien).*

PEPE Tiene buena voz.

MAR. ¡Ya lo creo! Y voto.

CRIS. Canta bien.

BÁR. ¡Que cante, que cante!

MART. ¡Que narices! *(A Bárbara).*

CRIA. *(Aparece foro izquierda).* La mesa está dispuesta.

MART. ¡Santa palabra!

MAR. ¿Vds. gustan, señores?

ROSA ¿Gustan? *(A los de la mesa).*

CRIS. ¿Nos acompañan?

MART. Señores, por mí no gasten cumplidos; vamos a comer... ¿Vds. gustan?

LOLA ¡Martín!...

MART. Vamos... no me vuelvo atrás...

LOLA ¡Martín... digo!

MART. Soy un invitado.

LOLA Pero...

MART. He dicho que soy un invitado y antes que faltar a la invitación me dejaría cortar...

VAR. ¿Qué?...

MART. *(Cantando).* Y... ¡Tral-lara! *(Todos rien a mandíbula batiente).*

CUADRO QUINTO

Partido el escenario. A la derecha una pequeña habitación, con puerta al fondo y lateral izquierda. A la izquierda un jardín con enverjado al fondo.

ESCENA IX

Rosa en la habitación leyendo un libro. Viste de luto

ROSA No me entero; *(Dejanno el libro)* leo distraída pensando siempre en lo mismo, en mi cariñoso padre

que en gloria esté. Sin querer me atormento culpándome de haber sido yo, en parte, la causa de su muerte. «Del corazón», dicen los médicos, y, precisamente los disgustos afectan al corazón, y de una afección cardiaca, ha muerto mi padre. ¡Pobre! *(Enjugándose una lágrima).* «Vuestra locura, vuestra insensatez—nos decía a Enrique y a mí—causó en mi corazón un golpe fatal, una herida tan profunda, que dificilmente podrá cicatrizarse». Y tenía razón. *(Pausa).* ¡Cuántas cosas tristes han pasado desde cuatro años a esta parte! Burlada, primero, por Enrique, su trágica muerte después, ahora mi padre fenece y por último ve deslizarse mi vida en un lupanar. Hay para enloquecer. ¿Y mi porvenir?... ¡Mi porvenir se presenta muy obscuro! Los que a mi se acercan no les guía, no, la compasión, lo hacen sólo... Debía ser muy cruel con ellos, merecen los hombres que seamos crueles las mujeres, y yo... Lo malo es que pagan justos por pecadores. Carlos de Fuenteseca me quiere de verdad y yo he sido siempre con él indiferente en tanto doy mis caricias a otros que no las merecen. *(Pausa).* Por complacer a Benito Subasnaba he venido a vivir aquí donde disfruto de más independencia que en casa de Lola. Benito va resultándome tan vulgar como la mayoría de los hombres. Le he querido, claro está que le he querido, pero ya... Me interesa más mi Carlos, a quien tantas veces he desairado. Sin darme cuenta pienso en el muchas veces, mas... desde que se fué a París y... la verdad, voy creyendo que es el único hombre que me quiere de veras. Tiene Carlos no se qué, que hácia el me atrae.

ESCENA X

Dichos y *Magdalena* foro derecha.

MAG. Rosita...

ROSA ¿Qué se la ofrece, Magdalena?

MAG. Una joven acaba de traer esta carta para V. Según ha dicho hace ya muchos días que su señora, Lola, creo que ha dicho, la recibió.

ROSA (*Magdalena le entrega la carta*). A ver...

MAG. Que se la hubiera mandado antes, pero como ignoraba las señas de su domicilio, no lo hizo.

ROSA Ella me creía en Palma...

MAG. Y V. vive en el Terreno.

ROSA Gracias.

MAG. No las merece. ¿Se le ocurre a V. algo?

ROSA Nada.

MAG. Quede V. con Dios.

ROSA Adios Magdalena.

ESCENA XI

ROSA (*Con alegría*). ¡De Carlos! Ya decía yo... ¡Jesús! Con diez fechas de retraso. Claro, ignora mi paradero y dirigió su carta en casa Lola, y ésta, ignorando también mi casa, ha retenido la carta hasta dar conmigo. (*Leyendo*). Amiga del alma: Como la ofrecí, escribo a V. diciéndola lo que la he dicho muchas veces de palabra ¡qué la adoro!.—Aquí, como dijo V., hay mujeres seductoras, capaces de tentar un santo, lo afirmo; pero esas mujeres, tan hermosas, tan seductoras, no han conseguido llamar mi atención tan siquiera y las veo cruzar ante mí con glacial indiferencia. No es extraño, no; al ausentarme de su lado dejé a V. mi vida y vivo en este bullicioso París, como alma en pena.—Del doce al quince llegaré a esa, lo deseo vivamente. Cumpliendo lo ofrecido, la incluyo la poesia que me pidió.—Como prefiero decirla verbalmente cuanto en V. he pensado, en su nene, cierro esta carta repitiéndola: *Que la idolatro.*—¿Me permite V. que escriba... suyo?—Carlos».—¡Qué bueno es! Ese... ese sí que me quiere de veras, y yo... yo voy

queriéndole cada día más; lo merece. Veamos que dice su musa:

Lejos... lejos del amor vivía
cuando un día te ví, por vez primera,
al punto te amé, más no sabía
qué, cruel el amor, pudiera un día
mi alma atormentar de tal manera.
Verte y amarte fué una misma cosa,
forjó mi mente ilusiones bellas,
gratos sueños de color de rosa
y confiado en que me amarías, Rosa,
me propuse, fiel, seguir tus huellas.
Lo hice, y pronto pude ver frustradas
aquellas ¡ay! ilusiones mias;
tus besos, suspiros y miradas,
tus caricias... a otros fueron dadas...
y que de mi amor... caso no hacías.
¡Pensar puedes cuánto habré penado!
Llegó mi dolor a ser tan duro
que vivir no hubiera yo logrado
si el tiempo no hubiese mitigado
mi sufrir sonriéndome el futuro.
Y hoy ¡oh, sí! muy refulgente y bella
veo brillar la luz de la esperanza,
el fulgurar de radiante estrella
que díceme con su luz: «Tras ella
vé, Rosa te amará, ten confianza».
Y por eso sin cesar los pasos
de tu vida ¡asáz triste e insegura!
de una vida de golpes, no escasos,
de impúdicos besos y abrazos
sigo de cerca ¡infeliz criatura!
Y al mirarte a veces ultrajada,
por seres vilmente embrutecidos,
mi alma sublévase indignada,
mi mano levántase crispada
y mi odio y rencor lanzan rugidos. *(Enjugándose una lágrima).*

¡Ah! Cuanto sufre al ver escarnecida
a la mujer el hombre que la adora;
mi alma sufre también ¡mujer querida!
al mirarte entre gente envilecida
y suspira mí corazón y llora.
¿Por qué seguir, dí, del mundo despreciada
viviendo una vida de miseria y dolo?
Apártate ya, huye mujer amada,
de ese lugar inmundo, horrorizada,
que impureza y perversión y cieno es todo.
Huye y busca ansiosa en el hogar honrado
en el dichoso santuario de un hogar
el honor perdido, tan cruelmente hollado,
por tí misma mil y mil veces llorado
¡hermosa y bella mujer de lupanar! *(Vuelve a enjugarse las lágrimas. Pequeña pausa).*
De mis palabras no harás caso ahora,
estoy seguro, te reirás de fijo;
más olvidar no debes que a deshora
pedir estrecha cuenta a su señora
madre puede su digno y amado hijo.
«Yo soñé—diga tal vez—aunque no os cuadre
con una mujer todo virtud, ternura,
con una santa... con una honrada madre
que desde el alto cielo bendecía el Padre
y vos sois ¡sí! una vil mujer impura. *(Pausa, durante la cual demostrará la actriz el doloroso efecto que le produce la lectura de la presente poesía).*
Medita bien lo que llevo apuntado,
pues aun es tiempo de revindicarte
ante el mundo, que tan mal te ha juzgado,
de digna y buena merecer dictado
y el aprecio de las gentes granjearte.
Si hastiada de una vida harto sufrida
anheláresla algún día abandonar
por siempre, totalmente arrepentida,
con mi sangre cuenta ¡sí y con mi vida
que por tu redención ofrezco dar.

Si del fango apartarte deseas yo te juro
arrancarte aunque te unan a él muy fuertes lazos
y en andas llevarte Rosa, a un mundo más puro
donde sonríante alegres presente y futuro,
y de firme baluarte te sirvan mis brazos»».

¡Qué doloroso efecto producen en mi alma estas palabras! Razón tiene Carlos al afirmar que esta vida que llevo, desde que en mal hora huí de mi casa por seguir al hombre que tan cruelmente me engañó; es oscura, triste, vil y miserable; que el hijo de mis entrañas puede maldecirme el día de mañana echándome en cara mi deshonra. Sí, escarnecida, humillada por cualquier ser pervertido, que los que a mí se acercan tan pervertidos como yo están, ha sido mi vida desde cuatro años a esta parte. Sólo Carlos, esa alma pura, se aproxima a mí para protegerme y ampararme. ¡Qué ingrata, que injusta he sido con él! «En andas llevarte a un mundo más puro».—Dice en el que te sonría el porvenir; aún es tiempo de reivindicarte ante el mundo captándote las simpatías y el aprecio de la gente honrada. ¡Qué bueno eres, Carlos, que bueno! Yo debí comprenderlo antes, el primer día que me hablaste y tan torpe fuí que no lo adiviné y moféme de tu cariño hacia esta desgraciada cuyo porvenir está lleno de sombras. Pero aun es tiempo, tu lo dices, de reparar los errores, y yo, arrepentida de mi conducta me propongo ser buena, ir a tí para que me ayudes a serlo; ser lo que tu quieres que sea, una mujer digna, una mujer buena, una buena madre. *(Leyendo).*

»Si hastiada de una vida harto sufrida
anheláresla algún día abandonar...»

Sí, Carlos; hastiada, totalmente arrepentida de esta vida de humillaciones y golpes la deseo abandonar y buscar en el hogar honrado el honor perdido.

ESCENA XII

Dichos y *Salvador* foro habitación

SAL. ¿Qué haces mamá?

ROSA *(Llorosa)*. ¡Hijo mío... dame un beso. *(Salvador besa a Rosa y ésta se lo come luego a besos)*.

SAL. ¿Por qué lloras mamá?

ROSA Si no lloro.

SAL. Yo lo veo. ¿Te ha vuelto a pegar el señor Cabral?

ROSA ¡Niño!

SAL. Yo se lo diré a D. Benito.

ROSA Pero quién te ha dicho...

SAL. La señora María de casa la tía Lola.

ROSA Pues la señora María... esa, es una embustera. *(Ap.)* Que poco juicio tuvo esa mujer, decirle a esta criatura que Cabral me había pegado.

SAL. ¿Qué es esto que lees?

ROSA Adivínalo.

SAL. Una carta.

ROSA De tu amigo.

SAL. ¿De Rafaelito de Barcelona?

ROSA Del señor Carlos.

SAL. ¡Ay! ¿Me manda dulces? ¿Donde está el señor Carlos?

ROSA En París. Pronto vendrá y te traerá juguetes.

SAL. ¿Lo dice la carta?

ROSA No; pero los traerá. ¿Le quieres?

SAL. Más que al señor Cabral y que al señor Benito porque siempre me da perras.

ESCENA XIII

Dichos y *Benito* foro habitación

BEN. Nombrando al ruín de Roma... ¿Qué decía de mi Salvador?

ROSA Nada.

BEN. ¿Nada? *(A Salvador)*. ¿Qué decías?

SAL. Que me traerá juguetes.

BEN. ¿Y quién va a traerte juguetes, muñeco?
SAL. El señor Carlos.
BEN. ¡Ah! ¿El señor Carlos? Eres tu muy amigo del señor Carlos. Los papeles que tiene tu madre serán también del señor Carlos?
ROSA Lo son.
BEN. Y... ¿Se pueden ver?
ROSA ¿Por qué no? Toma. *(Dándoselos).*
BEN. ¿Versos también? ¡Ja... ja... ja!.., *(Lee).*
SAL. Mamá.
ROSA ¿Qué quieres, hijo mío?
SAL. ¿Vendrá pronto?
ROSA ¿Quién?
SAL. ¿Quién ha de ser? El señor Carlos. Yo quiero que venga pronto y me traiga juguetes. Un automóvil, una escopeta, una zambomba, una pelota ¡dos pelotas!
ROSA ¡Niño!
SAL. ¡Sí, sí!
ROSA No seas pesado. Ve a jugar al jardín.
SAL. ¿Se lo dirá V. mamá?
ROSA Sí... Ve a jugar.
BEN. *(Que ha terminado la lectura).* ¡Ja... ja... ja!... ¡Qué imbécil! Ese quiere con versos conquistar una plaza sitiada. *(Rompe versos y carta).*
ROSA (*Sorprendida*). ¿Qué has hecho?
SAL. ¡Los ha roto! (*Asombrado*).
BEN. ¿Para qué te sirve a tí eso?
ROSA ¡Eres un miserable!
BEN. ¡Rosa!
ROSA Ve á jugar Salvador. (*Salvador penetra en el jardín y se entretiene jugando por el suelo*). Te lo repito. ¡Un miserable!
BEN. No te incomodes, que no hay para tanto. Verso más, verso menos. Volverán a soplarle las musas y hará otra tanda. No creas... ahora siendo haberlos roto, por qué los hubiera enseñado a tus amigos más intimos. ¡Já... ja... ja!...

ROSA ¡Maldita mi suerte! Tener que verme rodeada siempre de gente inícua!

BEN. No lo tomes en serio que no tengo ganas de incomodarme.

ROSA Mira si lo tomo en serio, que a medida qué vas siendo tu más canalla va entrando más y más en mi corazón tu enemigo Carlos.

BEN. Ten la lengua.

ROSA No será.

BEN. ¡Lo exijo!

ROSA (*Con risa forzada*). Puedes tu exigir mucho.

BEN. ¡Lo exijo! (*Con energía*).

ROSA Y ¿quién eres tu, vamos a ver, para exijir?...

BEN. Ya te he dicho que no quería incomodarme...

ROSA No te reprimas.

BEN. Y me veré en el caso de quebrantar mis propósitos. Eres muy altanera.

ROSA ¡Qué poca cosa son algunos hombres!

BEN. ¡Calla!

ROSA ¡No quiero! (*Con entereza*).

BEN. ¡Calla, o me darás lugar a que repita!... (*Acercándose amenazador a Rosa*).

ROSA ¡Apártate! No intentes propasarte conmigo que no estoy dispuesta a tolerar que nadie me ponga las manos encima.

BEN. Tienes valor.

ROSA Tengo razón.

BEN. Pues yo no estoy dispuesto a sufrir tus insultos.

ROSA Tu has empezado insultándome, rompiendo unos papeles que me pertenecían.

BEN. Lo he hecho porque me molesta tu amistad con ese hombre.

ROSA Yo soy libre.

BEN. No eres libre; a mí te debes.

ROSA En candidez raya tu fé.

BEN. ¿Qué quieres decir?

ROSA Que yo no me debo a nadie y mucho menos a

¿Pagas tú, acaso, para tener sobre mí derecho alguno?

BEN. No paga el poeta tampoco y...

ROSA El poeta paga sin pretender...

BEN. ¿Paga?

ROSA Con cariño.

BEN. Y tu lo prefieres a los billetes de banco.

ROSA Hoy sí.

BEN. Es decir...

ROSA Que estoy dispuesta.

BEN. Veo, Rosa, que lo nuestro va a tener un fin muy desagradable.

ROSA Te equivocas. Lo nuestro, de ahora, que en nada se asemeja a lo antes, tendrá, para mí, un fin muy agradable... y muy poético. *(Acercándose Benito a Rosa en actitud amenazadora)*. No vuelvas a amenazarme porque...

BEN. ¿Qué harás?

ROSA Llamaré, daré voces para que acuda la gente y te eche de aquí como un ladrón que viene a robarme el sosiego.

BEN. *(Dándola un bofetón)*. ¡Per estúpida!

ROSA ¡Canalla!

BEN. ¡Por estúpida! *(Sale precipitadamente)*.

ROSA ¡Ladrón! *(Dejándose caer en una silla y llorando)*.

ESCENA XIV

Rosa sola en la habitación. En estos momentos se ve a *Carlos* a través de la verja sin acercarse del todo a ella hasta el momento preciso.

ROSA *(Lloriqueando)*. Tiene razón Carlos, sobrada razón. Todo esto y más le está reservada a la mujer de la vida. La befa, el escarnio, los golpes, el desprecio, todo, todo lo más canallesco y ruín se deja para la mujer como yo. ¡Muerta debí caer al conocer a aquel hombre malvado que tan desgraciada me hizo! *(Llora)*.

CAR. *(Junto a la verja)*. ¡Salvadorcito, Salvadorcito!
SAL. *(Levantando la cabeza)*. ¡Señor Carlos!
CAR. No grites. Dí, monín: ¿Cómo está mamá?
SAL. ¿Quiere que la llame?
CAR. ¡No, no! ¿Está buena?
SAL. Sí, señor. ¡Ah! ¿No sabe V.?
CAR. ¿Qué, Salvadorcito?
SAL. Que el señor Benito, a roto aquellos papeles ¿sabe que envió V. a mamá.
CAR. *(Ap)*. ¡Miserable!
SAL. Voy a avisarla.
CAR. No, nó; volveré, nene volveré, *(Desapareciendo)*
SAL. ¡Mamá, mamá! ¡El señor Carlos que ha venido me trae juguetes! *(Salvador dando saltos y mu alegre penetra en la habitación. Telón rápido).*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

PERSONAJES QUE INTERVIENEN

Carlos de Fuenteseca.—Benito de Subasnava.—Sr. Cabral.—Emilio.—Esteban.—Julián.—Eduardo.—Jacinto.—Rafael.—Mozos de café.—Concurrentes al café.—D. Felix y Rosa.

CUADRO SEXTO

Pieza espaciosa con puerta al fondo y laterales Varias mesas colocadas en la misma forma que en los grandes cafes; sillas, barajas, dominós, tableros para el juego de ajedrez, etc. etc.

ESCENA I

En una mesa; Emilio, Esteban y Julián; en otra Eduardo, Jacinto y Rafael. Mozos sirviendo. El local rebosa de concurrencia.

EMIL. Y la joven no veía otro solución que el suícidio.

JULI. ¿Y se suicidó?

EMIL. ¡Cá! Vengó los agravios que su amante la infiriera liándose con otro.

EST. La mancha de la mora con otra verde se quita.

JULI. Y ¿cómo sentó al desdeñoso galán el que la mujer, por él despreciada, probara otros amores?

EMIL. Pues que le entraron unos celos rabiosos y buscando, como Judas, un árbol se ahorcó.

RAF. ¡Carape!

JACIN. Se trocaron los papeles.

RAF. Original es el caso.

ESCENA II

Dichos y *Benito*

BEN. Buenas tardes. *(Va a sentarse a la mesa de Emilio, Esteban y Julián).*

JACIN. ¡Hola señor de Subasnava!

EMIL. Que cara de pocos amigos traes.

JACIN. De seguro que antes que otra ha salido hoy la contraria.

JULI. Desgraciado en el juego venturoso en amores.

EST. ¿Quién te ha picado?

BEN. ¡La víbora!

JULI. ¡Jesús! como viene.

JACIN. ¿Te ha encontrado el marido?

EST. ¡Habla, hombre!

BEN. Esa tía...

EMIL. ¿Qué tía?

BEN. Rosa.

EMIL. ¿La de Cabral?

EST. ¿La del abogado?

JACIN. La del militar.

JULI. La de todos.

BEN. La mía.

JACIN. Verbigracia. *(Todos ríen).*

EMIL. Buenó, ¿y qué?

BEN. Que ese chiflado de Carlos de Fuenteseca la escribe poesías y la hace eternas promesas de amo Que se yo.

JACIN. Y ella lo ha tomado en serio.

EST. El que lo ha tomado en serio es Benito.

BEN. Como voy a tomar en serio esas burradas. El que es capaz de sacar de quicio a un santo.

EMIL. Pero todavía nos has dicho... lo que ha pasado.

BEN. Que ese estúpido de Carlos a escrito a Rosa des París incluyendo en su carta una poesía. Al lleg yo esta mañana me he encontrado a Rosa leyen los versos, se los he cogido y después de leerl los he roto como igualmente la carta.

EMIL. Y ella se habrá puesto furiosa.
BEN. Tanto que he tenido que darla un par de bofetones para calmarla.
EMIL. ¡Muy bien!
EDU, Muy mal, digo yo.
EST. Otro que se incomoda.

ESCENA III

Dichos y Cabral, que va a reunirse con *Benito* y demás amigos

EST. Cabral nos sacará de dudas.
CAB. ¿Qué pasa?
EST. ¿Hace bien o mal el hombre que vive con una mujer y la sacude?
CAB. Hace perfectamente si la mujer da motivo para ello.
EDU. Nunca está justificado que un hombre, valiéndose de su fuerza, maltrate a una mujer.
EMIL. Como se explica V...
RAF. Porque la mujer es débil...
EST. Eso no quiere decir...
CAB. Si la mujer faltando a sus deberes...
EDU. ¿Para quién?
CAB. Para con el hombre.
EDU. ¿Qué no sabe más que sacudirla sin haber sabido nunca respetarla?
EST. Eso...
JULI. No entremos en una discusión que nuestra crasa ignorancia en materia de...

ESCENA IV

Dichos y *Carlos* va a sentarse en una mesa próxima a la de *Benito*. Un mozo le sirve café. La aparición de Carlos causa en los demás personajes gran sorpresa.

BEN. *(Ap)*. ¡Mi hombre!
JULI. *(Bajo a Benito)*. Ahí le tienes.
EMIL. *(Id. id.)* ¿No dijiste que estaba en París?
BEN. Eso digo yo. ¿De dónde sale ese hombre?

EST. Aparición mágica de un poeta. A ese también le ha picado la víbora.

JULI. Siempre te engañas, Benito.

JACIN. Siempre.

JULI. Con las mujeres también. Se cree ser el único dueño de una mujer y uno cualquiera, el primero que pasa, se la quita.

BEN. ¿A mí?

EMIL. A tí, si señor.

CAB. Yo no puedo creer eso.

EMIL. Debe V. creerlo. Vamos a ver. ¿Qué le ha pasado ahora?

CAB. ¿Le ha pasado algo?

JULI. Vea V.: Benito... ama.

EMIL. Ama.

JULI. No me interrumpas. Ama a una mujer con amor purísimo y su único afán es vivir con su amor apartado del mundo, muy apartado, en una covacha donde no llegue tan siquiera, el melodioso canto del ave, el murmurar de la fuente, el balar de las ovejas...

EMIL. Ni el ladrar de los perros.

JULI. No seas pesado.

CAB. Déjalo.

JULI. Pues hasta del aire que respira tiene celos; por ella...

EST. Dice *que nones.*

JULI. Y ¿porqué dice que nones? Pues dice que nones porque la heroína de mi historia tiene dividido su amor entre cinco galanes, ocupando Benito el último lugar, según se desprende de lo dicho por anteriormente.

JACIN. Y ¿puede saberse quienes?...

JULI. Representa el primero de esos cinco la poesía, sigue la jurisprudencia, detrás de ese va la fuerza, en su persecución la náutica y finalmente el comercio.

CAR. Sí que es un caso. *(Pequeña pausa).*

EMIL. Sigue...

JULI. Si ya he terminado.

EDU. Falta decir, que esa desgraciada, por que es una desgraciada engañada villanamente por un hombre, primero, y ultrajada por otro sín entrañas después, que niégase hacer vida común con Benito, recibe de este una cruel bofetada, *(Movimiento en Carlos),* porque la infeliz, hastiada de sufrir desprecios y humillaciones se dispone a huir de la ciénaga y unirse al hombre que la adora. Ese hombre ausente de la maltratada criatura, la escribe amoroso alentándola en la idea de apartarse del fango en que la pobre se revuelca y la incluye una poesía que más que escrita con el cerebro lo está con el corazón; pero esto no acomoda al héroe de la historia de Julián y rompe poesía y misiva. Y como si esto no fuera ofensa bastante sacude a la infeliz mujer que...

CAR. ¡Miserable! *(Señalando a Benito).*

BEN. ¿Qué dice V.?

CAR. Que el hombre que pega a una mujer es un miserable.

BEN. Me alude V.

CAR. ¿Ha pegado V. a alguna?

BEN. A la que V. pretende.

CAR. Pues es V. un miserable.

BEN. Retire V. esas palabras.

CAR. Cuando vea V. arrodillado a los pies de su víctima pidiéndola perdón.

EST. Es V. muy exigente.

CAR. No conozco a V.

BEN. ¡Rectifique V.! *(Con energía).*

CAR. Ratifico. Tenga V. paciencia, ténganla Vds., tambien, *(A los de la mesa de Benito)* y vean si les conviene conservar la amistad de un hombre como... *ese.* (*Señalando a Benito*).

EST. ¿Quién es V. para obligarnos a tener paciencia?

CAR. (*Muy entero*). ¡Un hombre!

EST. Hombres somos también nosotros.
CAR. ¡Deja de serlo quién pega a una mujer!
BEN. Demostraré a V. lo contrario.
CAR. Batiéndose conmigo.
BEN. Esto es.
CAR. Pero déjeme V. antes demostrar a estos señores que hasta ahora lo ha sido V. muy poco.
BEN. ¡Pero!...
CAR. Tenga V. paciencia, repito, obedezca V. una vez.
JULI. Calla, bombre.
CAR. Hay una mujer, una mujer infeliz que pide a voces ser regenerada; V. dice amar a esa mujer, otros muchos, dicen amarla también; pero ni V. ni eso se esfuerzan por separarla de la podredumbre haciéndola su esposa, única manera de demostrarl *el amor que la profesan.* ¿Por qué no lo hace V. por qué no lo hacen los demás? Por que no ama de veras a esa mujer. Acércanse Vds. a esa des graciada, porque es bello su rostro, no aman e ella su alma más bella aún que su cuerpo. Y si n la ama V. con amor purísimo ¿cómo pretende ex girla, cómo se atreve a exigirla que deje de ama a otro que a su vez la ofrece el más grande, el ma puro de los amores, el amor que regenera? No so los celos que han descargado su mano sobre rostro angelical de su víctima, porque esto, co ser cruel, fuera noble, sí; es la envidia, ese sen miento ruín que sólo anida en almas mezquin como la suya, *(señalando a Benito),* que ha ind cído a V. a maltratarla.
BEN. ¡Envidia!...
CAR. V. envidioso. Sólo por envidia, cómo ha hecho se comete la vileza de escribir anónimos a un ho bre, excitándole a que cometa un atropello con mujer que con el vive diciendo de aquella lo que era verdad, calumniándola villanamente con el m quino propósito de ocupar la plaza que aquel dej vacante, después de sacudir a la calumniada mu

BEN. ¡Miente V.!

CAR. Que diga el señor Cabral si recibió uno que, dando crédito a su contenido calumnioso, se propasó con Rosa, propinándola una buena paliza.

CAB. Efectivamente.

CAR. Su amigo lo escribió.

BEN. Basta ya de insultos.

CAR. Estas cosas no las han hecho nunca los hombres de verdad, los hombres enteros, estas cosas yo he visto hacerlas siempre a los canallas.

BEN. ¡Terminemos!

CAB. Valiente amistad la que V. me ofrecía, Benito.

BEN. ¡Terminemos!

CAR. No sin antes advertirle que yo amo a esa mujer y que en lo sucesivo ha de ser sagrada para V., y para los demás hombres.

BEN. No me interesa ya.

CAR. Ya lo he dicho antes; no era amor... envidia, envidia era.

BEN, Harto ya de escuchar sus sandeces me retiro. Enviaré a V. a dos de mis amigos para que se entiendan con los suyos.

CAR. Procure V. mañana conservar toda su sangre fría, en los momentos de peligro, si pretende seguir cometiendo bajezas.

BEN. No soy torpe.

CAR. Tendrá V. ocasión mañana de demostrarlo. *(Volviéndose a la mesa de Eduardo, Miguel y Jacinto).* ¿Puedo contar con dos amigos?

EDU. Conmigo.

CAF. Conmigo también.

CAR. Cracias.

BEN. *(A los de su mesa).* Dos me hacen falta. ¿Puedo contar?...

MIL. Conmigo.

JST. También conmigo.

CAR. Está el asunto arreglado. Señores... hasta mañana. *(Sale).*

BEN. Hasta mañana. *(Telón).*

CUADRO SÉPTIMO

Telón de calle en primer término

ESCENA V

Jacinto y *D. Felix* por la derecha

JACIN. Le digo a V. que el espectáculo fué poco edificante. Carlos humilló brutalmente a Benito y...

D. F. Mire V. por donde...

JACIN. Y gracias a que Benito estuvo prudente, que si no..

D. F. La prudencia que impone el miedo.

JACIN. Eso creo yo. El poeta parecía dispuesto a todo y hubiera abofeteado a Subasnaba si este hubiese contestado malamente a los graves cargos que le hizo Carlos.

D. F. Cuando Rosa se habrá enterado del lance... ¡Pobre! *(Ap).* Yo debí haberla traído algún obsequio *(Alto).* Me disgusta, francamente, me disgusta.

JACIN. No comprendo D. Felix su disgusto; debía V. alegrarse, alegrarse infinitamente.

D. F. ¿Por qué?

JACIN. Porque si se matan esos dos, dejan a V. el campo libre.

D. F. Tiene V. razón. No, si no es por ellos mi disgusto ¡Qué va a ser por ellos! Que se maten, que se maten; es por Rosita. Y no quedaría el campo tan libre como V. supone, Jacinto.

JACIN. ¿No?

D. F. ¿Y el capitán, y el?...

JACIN. ¡Bah! Esos ya ni pinchan, ni cortan.

D. F. Veremos... veremos si Dios obrando un milagro envía a los dos contrincantes al otro barrio. ¿Ha dicho V. que a las doce?..

JACIN. A las doce en punto han de encontrarse en el bosquecillo inmediato a la casa que actualmente habita Rosa.

D. F. *(Consultando el reloj)*. Las once. Venga, venga V. conmigo a ver a Rosa. Vaya, vaya con los beligerantes. (*Desaparecen hablando por la izquierda*).

CUADRO ÚLTIMO

La misma decoración del cuadro 5.º

ESCENA VI

Rosa en el jardín leyendo en alta voz un libro

ROSA «La mujer sin pudor es como la flor sin aroma, que desdeña y desprecia quien la mira. Esas desgraciadas que dejan deslizar su vida en la inmundicia de un lupanar, si al principio han sido halagadas por la dádiva, y la lisonja, no tardan en ser carne de ultraje, de hospital y de presidio, siendo muy raras las que se libran de esos tristes lugares.» Gran verdad dice el autor. Sí, el presidio, el hospital, el desprecio, la befa y el ultraje, le está reservado a la mujer impura. ¡Quién pudiera volver atrás el pasado! ¡Ah! *(Viendo a D. Felix y a Jacinto junto a la verja. Entrando).*

ESCENA VII

Dicha, *don Felix* y *Jacinto*

D. F. ¡Rosita encantadora! *(Tendiéndole la mano. Presentando a Jacinto luego)*. Mi amigo. No puede V. imaginar el dolor inmenso que embarga mi alma desde el instante en que he sabido la desagradable nueva. ¡Oh sí! Muy lejos estaba yo de pensar en semejante determinación. Mi amigo Jacinto me ha puesto en autos.

ROSA *(No entendiendo)*. D. Felix, ignoro a lo que puede V. referirse.

D. F. ¡Cómo! ¿No sabe V... el lance?

ROSA *(Alarmada)*. ¿Qué lance?

D. F. ¿No sabe V. nada del desafío entre Carlos de Fuenteseca y Benito?

ROSA Que dice V. Esto no es verdad; V. me engaña.

D. F. ¡Rosita!...

JACIN. Desgraciadamente es cierto.

ROSA ¡Jesús! (*Horrorizada*).

JACIN. Sí, Rosita.

D. F. Frases mal sonantes que a veces pronuncian nuestros labios y...

ROSA Y ¿cuándo ha sido eso?

D. F. Aun no se ha verificado. A las doce en punto tendrá lugar el asalto.

ROSA Aún hay tiempo de impedirlo, pues.

JACIN. Ya no, Rosita.

ROSA ¡Dios misericordioso! ¿Y qué frases mal sonantes fueron esas que han dado lugar...

JACIN. Lo que realmente motiva el desafío es el bofetón que dió a V. ayer Benito.

ROSA ¿Es decir que yo soy la causa de que esos dos hombres se maten? ¡Santo cielo! ¿Por qué ví la luz? *(Llora)*.

D. F. No se atormente V. Rosita, Dios ha querido que así sea; respetemos sus arcanos.

ROSA ¡Dios mío!

D. F. Tranquilícese mi buena amiga; la divina providencia hará que no muera más que uno...

ROSA (*Horrorizada*). ¡Morir! ¡No, no; no debe morir nadie, yo no quiero que nadie muera! (*En este momento pasan por delante de la verja, Carlos, Eduardo y Rafael*).

D. F. No se recrimine V. Rosita.

ROSA Pero yo no puedo consentir que Carlos se bata co un hombre como Benito y por una mujer como yo

D. F. ¿Qué dice V.?

ROSA ¿Lo sé yo acaso? ¡Por Dios intervengan Vds. eviten el lance!

JACIN. (*Rápido a D. Felix*). Carlos y los testigos se dirigen al bosquecillo.

D. F. Ya no es posible amiga mía; dentro de cinco minutos habrá decidido la suerte.

ROSA O la destreza. ¡Qué tormento más grande Dios mío, qué tormento! (*Pasan Benito, Emilio y Esteban. Ap. A Jacinto.*

D. F. Los otros. Pronto dará comienzo la lucha. (*Alto a Rosa*). Cara amiga, no debe V. tomarlo tan a pecho. Si sucumben los dos, cariño y obsequios no han de faltar a V.; siempre he de estar yo a su disposición en todo y para todo. (*Jacinto mirando hacia el bosquecillo con los gemelos*).

JACIN. Ya están todos en el bosquecillo. (*Ap. a D. Felix*).

D. F. A ver. (*Jacinto le cede los gemelos*).

ROSA ¿Qué miran Vds.?

JACIN. Los que han de batirse.

ROSA ¿Y dónde tiene lugar el lance?

JACIN. En el bosquecillo próximo.

D. F. Va a empezar el asalto.

ROSA ¿Y tan cerca de aqui han venido a?... (*Se deja caer en una silla completamente abatida*).

D. F. Benito está inmutado; Carlos permanece tranquilo.

JACIN. ¿Ha empezado ya?

D. F. Va a empezar.

ROSA ¡Va a empezar!

D. F. Empezó.

ROSA ¡Jesús! (*Cúbrese el rostro con las manos. Pausa*).

D. F. Acomete furioso el de Subasnaba.

JACIN. Lleva trazas de perder, pues, (*Pausa*).

D. F. Carlos sigue inmutable. (*Pausa*). Un quite. (*Pausa*). Ahora no veo bien. Sí, otro.

ROSA ¡Dios mío!

D. F. Benito se fatiga mucho, mucho.

JACIN. Perderá.

D. F. Sí.

JACIN. ¿Y Carlos?

D. F. Animoso.

ROSA ¿No terminan?... ¡Qué terminen pronto, pronto!
D. F. Otro quite. (*Pausa*). ¡Jesús!
ROSA (*Alarmada*). ¿Qué? ¿Qué ocurre?
D. F. No, nada, nada. Creí que...
ROSA ¡Qué suplicio! ¿Y Carlos? (*Con ansiedad*).
D. F. Tiene destreza y valor. Vencerá.
JACIN. ¿Benito?...
D. F. Le veo perdido.
ROSA ¿Aún no?
D. F. Una estocada a fondo. ¡¡Santo cielo!!
ROSA ¿Diga V.?
D. F. Benito herido. Ha terminado el lance. Le sostienen los testigos. El médico acude en su auxilio. Habla Carlos con sus amigos tranquilamente. Se despiden de los demás. Hacia aquí dirigen sus pasos, sí. Que sangre fría la de Carlos.
ROSA ¿Será grave la herida? ¡Dios mío!
D. F. Hácia aquí vienen. Ya están cerca.
ROSA ¿Carlos?... (*Ansiosa*).
D. F. Sano y salvo. Véalo V.
ROSA (*Ap*). ¡Por mí se bate, por mí! Que digno, que bueno eres Carlos.
JACIN. Ya están aquí.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, *Carlos, Eduardo y Rafael* entrando por la verja

CAR. ¡Rosa mi Rosa! (*Con pasión*).
ROSA ¡Carlos! (*Con pasión*).
D. F. (*Ap*). Que papel más ridículo estoy haciendo.
ROSA ¡Por mí!
CAR. ¡Por tí! ¡Por tí he luchado con ese hombre cobard que tiembla como un azogado ante mi florete y n se arredra al llevar a cabo una infamia; por tí lu charía con todos los hombres, contra todos, po que tú, mi Rosa, constituyes, para mí, el aire qu respiro, el agua que apaga mi sed, el sol que ca

lienta mi cuerpo, la luz que ilumina mis ojos, la tierra y el cielo, la vida, mi vida!

ROSA ¡Carlos!

CAR. Por tu redención ofrecí dar mi sangre y mi vida; si redimirte ansías, Rosa, y para lograrlo falta te hacen, tómalas que gustoso te las ofrezco.

ROSA Ansío vivir, Carlos. ¡Vivir!

CAR. Para vivir hay que apartarse del fango que mancha; para vivir hay que huir de la podredumbre y buscar lejos, muy lejos de aquí, la vida pura, pletórica de salud y de alegrías. Muy lejos de aquí donde el fantasma del pasado no pueda presentarse a tus ojos, donde no veas a los que en una forma o en otra han contribuído a labrar tu perdición hundiéndote más y más en el abismo.

ROSA ¡Qué bueno eres Carlos!

CAR. Y yo te ofrezco esa vida llena de encantos, un porvenir lleno de luz. ¿Quieres Rosa... Rosa de mi alma, compartirla conmigo? ¿Quieres a mi lado disfrutar de una dicha que allá lejos nos sonríe?

ROSA ¡Carlos... amado Carlos... Rosa, tu Rosa no puede aceptar tan generosa oferta! Esta flor es ajada, no da ya perfumes, no puede ofrecer, cual antes, su exquisito aroma; es muerta casi... es muerta y los muertos, por serlo, no pueden estar, sin peligro de la vida, al lado de la vida. Pero si muerta es la rosa aquella, de sus despojos ha brotado otra más bella y delicada flor, pura como no lo fué la Rosa que despertara en tí amor purísimo. Tu Rosa ha muerto, Carlos, no existe ya; más... Teresa ha resucitado, aquella Teresa, de alma inmaculada, ha vuelto a la vida... vive y esa... ¡sí! Carlos de mi alma, seguirá tus pasos, irá gustosa donde quiera que la lleves, que tu también constituyes para ella el aire que respira, el agua que apaga su sed, el sol que calienta su cuerpo, la luz que iluminan sus ojos, la tierra y el cielo, la vida, su vida!

AR. ¡Teresa! *(Se abrazan).*

ROSA ¡Teresa! este es mi nombre.

D. F. *(Rápido a Jacinto)*. Esas mujeres cambian de nombre...

JACIN. Como nosotros de calcetines.

CAR. ¡Andad... andad, D. Felix, a esparcir la grata nueve! ¡Id. a pregonar la unión de Teresa Magnier y Carlos de Fuenteseca; a decir que Teresa, que Rosa, a quien impunemente se engañaba, se maltrataba impunemente, tiene ya un pecho honrado que la escuda, un hombre digno que la defiende, un alma noble que la idolatra! ¡Corred, no os detengáis, divulgad la noticia, que quiero que sepa el mundo entero que Carlos de Fuenteseca ha redimido un alma, un alma que vosotros os esforzásteis en pervertir! *(Señalando a D. Felix y a Jacinto)*.

D. FELIX Y JACINTO. ¿Nosotros?

CAR. Vosotros, sí, ¿quién síno vosotros? ¿Qué ofrecistéis a Rosa más que vuestra impureza? V. *(señalando a D. Felix)* dinero, obsequios, alhajas, que sustrajo tal vez a su esposa ¡cariño... jamás, jamás ¿Qué le ofrecía ese a quién no he dado muerte por ser yo generoso? dinero, nada más que dinero adquirido malamente acompañado de injurias y golpes; cariño, amor puro... ni una vez. ¡Sois escoria sois ruindad, sois maldad, el pasado con sus tristes recuerdos... sí! ¡Andad... andad repito, a esparcir la nueva, la grata nueva; no os detengáis no, no os detengáis! Y tú... *(Abrazando a Rosa)* mi bella Teresa, tantas veces engañada, ultrajada escarnecida, humillada por esa cábila de estúpidos instigadores del vicio, ven a mí!

ROSA ¡Carlos, mi Carlos!

CAR. Junto a mí, siempre conmigo y unidos marchemos hacia la felicidad, hacia la vida, dejando para siempre..... ¡La podredumbre!

FIN DE LA OBRA